



El pincel de Vila y Prado que tantas bellezas aristocráticas ha trasladado al lienzo, ha tenido ahora un nuevo acierto trazando, con la elegancia y el dominio en él característicos, este admirable retrato de la marquesa de Tenorio. La belleza de la dama y el arte del pintor se compenetrán. Y esa es la razón principal del éxito que con esta obra ha obtenido Vila y Prado

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA EL SEGUNDO MARQUÉS DE ESTELLA

CON motivo de la designación por S. M. el Rey del general don Miguel Primo de Rivera para el puesto de mayor confianza y responsabilidad en la gobernación del Estado, se han publicado en varios diarios algunos apuntes biográficos, en los que se han destacado especialmente los servicios prestados a la Patria por el actual marqués de Estella durante estos últimos años. Complemento de aquellos apuntes han de ser estos, ya que la figura militar del Presidente del Directorio, ha de ofrecer hoy para todos los españoles especial interés; que en sus manos está ahora el porvenir del país, y éste ha de poner en él toda su confianza si no quiere rodar por precipicios muy peligrosos.

Don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, sobrino carnal del ilustre caudillo recientemente fallecido, de quien heredó el título que ostenta, nació en Jerez de la Frontera el 8 de Enero de 1870. Desde niño mostró gran afición por la carrera de las Armas, ingresando a los catorce años en la Academia general Militar de la que salió con el grado de Oficial en 1888. Comenzó prestando servicio de Subalterno en el Regimiento de Extremadura n.º 15, con el que en Octubre de 1893 fué a Melilla, en donde se distinguió en varios combates. Hecho digno de mención fué el que realizó entonces recuperando un cañón, que por bajas sufridas en los sirvientes y el Oficial que lo mandaba, había quedado abandonado en poder de los moros. Por esta acción obtuvo la cruz de San Fernando y el ascenso a capitán.

El año 1895 formó parte de la primera expedición que, al declararse la guerra, salió para Cuba, distinguiéndose en las acciones del Cristo, Yuraguanal, Taguasco, Peralejo y toma de la capital de la Sabina, por cuyo hecho fué ascendido a comandante. En este empleo formó parte de la columna del general Segura, destacándose en los combates de Soroa, Brazo Nogal, Oleaga y Rio Hondo.

Pasó el 97 al Ejército de Filipinas, donde por la acción de Puray, en que salvó con su gente la difícilísima situación de las fuerzas del coronel Dujiols, fué nombrado teniente coronel. Después llevó, en nombre del Capitán general, los tratos que dieron por resultado la paz de Biak-na-bató, con el sometimiento de Aguinaldo, Llavera, Tiño, Natividad, Macabulos, Esquivel y 37 cabecillas más, que entregaron cinco mil armas. Tras una tramontana de andar absolutamente solo por los campamentos enemigos durante 32 días, logró el embarque de los cabecillas para Hong Kong, adonde los condujo, poniéndolos a disposición del cónsul de España. Regresó a la Península el 98 y diez años después, que pasó sirviendo en diferentes Cuerpos—fué ascendido al empleo de coronel, para el que había sido propuesto en Filipinas.

En 1909, muy reciente el ascenso, se hallaba Primo de Rivera en París, cuando se enteró de la campaña de Melilla. Pidió, y obtuvo la primera vacante de sangre, que fué la del llorado coronel Alvarez Cabrera, incorporándose el 1.º de Agosto, en cuya madrugada socorrió ya el *blockhaus* Velarde con seis compañías, salvando su guarnición, que estaba cercada por el enemigo. En esta campaña coronó, el 29 de Septiembre, el Gurugú, al frente del regimiento, izando la bandera española que se conserva en el Museo de Infantería.

Terminada aquella parte de nuestra acción en Marruecos, volvió a España y pasó al Estado Mayor Central desde donde se ofreció para cubrir la primera vacante en la campaña de 1911. Murió, efectivamente, el heroico coronel Artillero, y allí fué de nuevo Primo de Rivera, poniéndose al frente del Regimiento de San Fernando, con el que riñó el 20 de Septiembre, el combate de Talmit y con el que pasó antes que nadie el río Kert, el 3 de Octubre. En esta acción fué herido, recibiendo por ella el ascenso a general cuando llevaba tres años de coronel y dos campañas hechas con este empleo.

Al frente de la primera brigada de cazadores que le fué confiada, embarcó para Ceuta el 7 de Mayo de 1913, y mandando ésta y la columna del entonces coronel Berenguer, realizó las

duras operaciones de aquel mes de Junio en que se tomó Lauzien y se batió al enemigo en Boraian y Ben-Carrich, siendo su columna la primera fuerza que desde el año 60 pasaba el puente de Buscija con la diferencia de que sus tropas llegaron, por Norte, Sur y Oeste, mucho más adelante de donde fueron conducidas por Prim y O'Donnell.

Posteriormente mandó los combates del 11 de Julio, en el camino de Lauzien a Tánger y del 4 de Agosto en la misma zona, tomando parte a las órdenes del general Aguilera, en los del 17 y el 19 de Septiembre, 12 de Enero y 3 de Febrero.

Su vida militar, a partir de entonces, en el recuerdo de todos está. Como general de división, su paso por el Gobierno militar de Cádiz y, como teniente general, sus empleos al frente de las capitánías generales de Valencia, Madrid y Barcelona, habían sido más que suficientes para acreditarle como uno de los generales de más aptitudes del Ejército español. Por exponer opiniones políticas, tuvo que abandonar algunos de sus cargos; pero siempre lo hizo, como militar, rodeado de los mayores prestigios.

G A L E R I A S

La primavera besaba
suavemente la arboleda,
y el verde nuevo brotaba
como una verde humareda.

Las nubes iban pasando
sobre el campo juvenil...
Yo ví en las hojas temblando
las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido,
todo cargado de flor,
—recordé—yo he maldecido
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida,
me he parado a meditar...
Juventud nunca vivida,
¿quién te volviera a soñar?

* * *

Eran ayer mis dolores
como gusanos de seda
que iban labrando capullos;
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh, tiempo en que mis pesares
trabajaban como abejas!

Hoy son como avenas locas,
o cizaña en sementera,
como tizón en espiga,
como carcoma en madera.

¡Oh, tiempo en que mis dolores
tenían lágrimas buenas,
y eran como agua de noria
que va regando una huerta!
Hoy son agua de torrente
que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron
de mi corazón colmena,
hoy tratan mi corazón
como a una muralla vieja;
quieren derribarlo, y pronto,
al golpe de la piqueta.

A. MACHADO.

Lleva el general Primo de Rivera 39 años de efectivos servicios al Ejército. Ha tomado parte en cinco campañas. Ha mandado tres batallones de cazadores,—Peninsular n.º 3, Alba de Tormes y Talavera—y tres regimientos de línea.—Melilla, Wad Rás y San Fernando.—Está condecorado con cruces rojas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, sencillas y pensionadas; con cruces de María Cristina de 1.ª y 2.ª; con una Gran Cruz roja y con medallas de Cuba, Filipinas y Africa. No tiene ninguna cruz civil, ni ha obtenido jamás merced que no sea por mérito de guerra y a propuesta de sus jefes.

De Teniente coronel y coronel, estuvo destinado poco más de dos años en el Estado Mayor Central (Negociado de Instrucción) contribuyendo con sus iniciativas a crear las Escuelas prácticas de Infantería, a dotar a esta arma de Ametralladoras y a la creación de Academias de Arabe, organizando al propio tiempo una marcha de escuadrones a Valladolid y unos ejercicios para los pasos de los ríos por la caballería. Asistió a los cursos de tiro de Artillería de Béjar, Peñaranda y Carabanchel y a las maniobras de Monzón, Espinar y Carmona. Luego, como general, tomó parte en diferentes maniobras efectuadas en los alrededores de Madrid.

En 1908, le fué encomendada por el Ministro de la Guerra la organización de la Cooperativa Militar, cuyos beneficios son patentes. Estableció en 1898 el cordón sanitario de la frontera portuguesa, librando en gran parte con sus medidas, de la peste bubónica, a las provincias andaluzas. Cinco meses permaneció en pleno monte viglando estos servicios. Una noche su caballo se despenó, produciéndose él la fractura de un brazo y la luxación de otro. A don Miguel Primo de Rivera, se debe también la organización de los trabajos para el traslado de los restos del teniente Ruiz, desde Trujillo a Madrid.

Como orador, es fluido y elocuente, como se ha podido observar: cuando fué mantenedor en las fiestas en honor del glorioso capitán Moreno, en Antequera; siempre que ha pronunciado discursos en el Parlamento, y últimamente, en las muchas e importantes declaraciones que ha hecho ante los representantes de la Prensa.

Como escritor, además de la redacción de varios discursos y artículos, que están editados aparte, ha publicado trabajos en *La Epoca*, *El Imparcial*, *el Herald*, *La Correspondencia de España*, *el Memorial de Infantería*, *la Revista técnica de Infantería y Caballería*, *La Monarquía*, *El Ejército Español*, *La Correspondencia Militar*, *El Guadalquivir*, de Jerez y en el desaparecido periódico *La Nación*, del que fué asiduo colaborador.

El marquesado de Estella que ostenta, fué concedido a su tío don Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, como premio a las acciones que realizó en los primeros meses del año 1876, en Santa Bárbara de Oteiza, Estella,—que cayó en sus manos,—Montejurra y otros lugares, con resultado tan beneficioso para la causa liberal como la sumisión de los batallones carlistas contra los cuales luchaba.

Muerto el veterano Marqués de Estella cuando habían fallecido sus hijas y nietos, dejó el título a su sobrino Miguel, en quien veía el continuador de sus virtudes de soldado. Hace un par de años, el Rey concedió al Marquesado de Estella la grandeza de España, otorgando a su poseedor la llave de gentil hombre.

Hermano del Presidente del Directorio fué el heroico defensor de Monte Arruit don Fernando Primo de Rivera, teniente coronel de Alcántara, que, herido de muerte, dió una brava lección de temple de espíritu y mantuvo elevada, mientras alentó, la moral de los sitiados españoles.

No han sido estos tan solo los miembros de la ilustre y dilatada familia Primo de Rivera que han prestado eminentes servicios a la Patria; otros, en puestos militares y civiles, han sabido hacerse dignos del noble apellido; pero justo es reconocer que la figura del que hoy es árbitro de nuestros destinos, las oscurece a todas con el resplandor de su luz, propia e inconfundible.

DIEGO DE MIRANDA.

Bodas

EN la Iglesia de San Francisco el Grande—cuya nave se engalanaba con flores y tapices—se ha celebrado el matrimonio de la bella señorita Isabel de Sanabria y el joven don Fernando Martínez Dorrien, muy conocido en el mundo de los negocios.

Fué madrina la madre del contrayente, y padrino el distinguido escritor don Luis Gabaldón. Los novios entraron a los acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendelshonn.

Firmaron el acta matrimonial como testigos el general Cantón Salazar, don Luis Jordán de Urries, auditor de división; don Adolfo Vallespinosa, auditor general, miembro del Directorio; los coroneles don Enrique Izquierdo y don Raimundo García Jiménez, y el teniente coronel don Manuel de Llanos y Torriglia, hermano del académico de la Historia, don Félix.

Dió la bendición el capellán mayor penitenciario, padre Rojano, pronunciando una sentida plática.

La novia realizaba la gentileza de su figura vistiendo rico traje de crespón de China y terciopelo brochado, cuya cola era llevada por dos lindos pajecillos: las niñas Milagritos y María Teresa Cuñado, sobrinas de la contrayente.

Terminada la ceremonia, a la que asistió brillante concurrencia, se sirvió un *lunch*.

Los recién casados salieron para Zaragoza y París.

Les deseamos todo género de felicidades.

SE ha celebrado en Puebla de Caramiñal (Galicia), el matrimonio de la bella señorita Carolina Otero Valderrama con don Gines de Galinsoga, hermano del ministro de España en Budapest, vizconde de Gracia Real y del distinguido escritor don Luis.

Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia, doña Dolores Valderrama de Otero, y el vizconde de Gracia Real, representado por su citado hermano don Luis, y actuaron como testigos el duque de Sevilla, el senador don Eduardo Gasset, don Gaspar de la Serna, don Vicente Otero, hermano de la novia; don Francisco Valderrama y don Pedro López García.

Los nuevos señores de Galinsoga, a los que deseamos eternas felicidades, vinieron a Madrid, donde han fijado su residencia.

EN la parroquia de la Concepción, se ha celebrado el enlace de la bella señorita Carmen de las Heras y Maraver, hija del ilustre general procedente del Cuerpo de Ingenieros don Carlos, con el distinguido oficial de la Escuela Superior de Guerra don Celestino Aranguren Bourgon.

Bendijo la unión el cura castrense de esta plaza don Fernando Solanilla Buera, actuando de padrinos la madre del novio y el padre de la desposada. Fueron testigos, por parte de la novia, el director de Prensa Española don Torcuato Luca de Tena; don Mariano Delgado, don Carlos María Brú, registrador de la Propiedad, de Madrid; conde de Castillo Fiel, don Rodolfo del Castillo y el ingeniero jefe de talleres de Prensa Española, don Fernando de las Heras; y por parte del novio, el presidente del Tribunal Supremo, don Buenaventura Muñoz; don José Luis Aranguren, don Ramón Dalmau y don Luis Bourgon.

La novia, que entró en el templo, profusamente iluminado, a los acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendelshonn, lucía un rico traje blanco de China y encajes, bordado en cristal, cuya cola llevaban dos monísimos pajecillos.

Terminada la ceremonia, los recién casados y los invitados se reunieron en el hotel Ritz, saliendo después el nuevo matrimonio en automóvil para San Rafael, donde pasaron varios días en una finca propiedad del señor Aranguren, marchando después para Sevilla, Granada y otras poblaciones.

Sean muy felices.

LA misma Iglesia parroquial se vistió de gala para la ceremonia del casamiento de la bella señorita Amalia García del Pozo y Loste con el capitán de Caballería, profesor de la Academia de Valladolid, D. Santiago Asenjo y González Araco.

Bendijo la unión el cura párroco D. Jesús Torres; fueron padrinos D. Alejandro García del Pozo, tío de la novia, y en representación de la madre del novio, su hermana, la señorita Irene Asenjo.

Como testigos firmaron el acta matrimonial el



La señorita Isabel de Sanabria y don Fernando Martínez Dorrien, después de su boda.

padre político y el hermano de la novia, don Rafael Nacerino Bravo y D. Manuel García del Pozo, el ex gobernador D. Emilio Llasera y los señores González Araco y A. B. Blanco.

La señorita de García del Pozo lucía elegante vestido de crespón blanco, velo de encaje y un bonito collar de perlas, regalado por el novio.

Terminada la ceremonia, las personas íntimas de ambas familias se trasladaron a casa de los señores de Nacerino Bravo, donde se sirvió el almuerzo.

Los recién casados salieron para Valladolid. Reciban nuestra más afectuosa enhorabuena.

MÁS bodas celebradas en Madrid. En la parroquia de San José fué el enlace de la señorita Mercedes Bustelo y el oficial letrado del Consejo de Estado, D. Leopoldo Calvo Sotelo.

Los novios, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para el extranjero.

EN la cripta de Nuestra Señora de la Almudena, recibieron la bendición nupcial la bella señorita Ana Martínez de Pisón y Paternina, hija de los ya difuntos condes de Villatranqueza y de Cirat, marqueses de Ceriñuela, y el joven ingeniero D. Luis Felipe Dallemagne, de aristocrática familia belga.

TAMBIÉN se ha celebrado el matrimonio de la señorita Ascensión Aranguren y Bourgon con el señor don Angel Arpón y Mendivil.

EN la iglesia de los Santos Justo y Pástor ha tenido lugar la boda de la bella señorita María Luisa Alartuey y Santos con el doctor en Medicina don Nicolás Ortega Jiménez, a quienes apadrinaron la madre de la novia, doña Petra Santos, y su tío don Miguel de Entrambasaguas, digno juez de primera instancia del distrito de la Latina.

Actuaron de testigos, por parte de la contrayente, los señores don Eladio Arnáiz de la Bodega, don Ramón Laborda, don Luis de Entrambasaguas y don Francisco de P. Rives, y por la del novio, don José Berenguer de las Cajas, don José Medina, don Federico Agrasot, don Gustavo Núñez y don Juan García Inés.

Por delegación del Juzgado municipal, autorizó el matrimonio el distinguido abogado de este Colegio don Mateo de Rivas Cuadrillero.

Los invitados al acto fueron obsequiados después con un *lunch* en el hotel Ritz, y el nuevo matrimonio salió para Granada y otras poblaciones andaluzas.

SE celebró en la iglesia de Santa Cruz la boda de don Luis Hierro y Hierro con la gentil señorita Adelaida Lobo Rodríguez.

Bendijo la unión el cura párroco del pueblo de Santa Olalla don Mariano Ruiz, que pronunció, al terminar la ceremonia, una sentida plática, y fueron padrinos don Jaime López, hermano político de la novia, y doña Anacleto Hierro, hermana del novio.

Como testigos, firmaron el acta los señores don Regino, don Arturo y don Francisco Rodríguez, tíos de la novia, y por parte del novio, don Enrique Hierro y los ex diputados marqués de la Breña, don Ambrosio Vélez y don Gerardo Doval.

La feliz pareja está pasando la luna de miel en Andalucía.

ASIMISMO se ha verificado en la iglesia de San Antonio de la Florida el enlace de la bella señorita Elena Andrés de Nieto con don Tomás del Valle.

Fueron padrinos la madre de la novia y el padre del novio.

Los recién casados salieron para Andalucía, donde residirán una temporada.

Muchas felicidades.

EN la iglesia del Buen Suceso se ha celebrado la boda de la encantadora señorita Vicenta Arlegui Marmol, hija del nuevo director general da Seguridad, con el abogado don Victorio Victoria Vilela, alto funcionario de la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

EN Zaragoza se ha verificado el enlace de la encantadora señorita Pura Escartín, hija del coronel de Intendencia Militar D. Jesús, con el distinguido joven D. Alejandro Muscat, conde de Pelayo.

Y en Málaga se ha celebrado el matrimonio de la señorita María Ortega Moreno y el abogado y ex diputado a Cortes D. Ignacio Ramos Ortiz de Villajos.

Damos la enhorabuena a las dos felices parejas.

SE anuncia para en breve, la boda de la encantadora señorita María Teresa de León con don José Fernández de Heredia, primogénito de los condes de Torre Alta.

Por el marqués de Casa Pacheco, y para su hermano menor, don Juan Miguel de Garnica y Sandoval, ha sido pedida la mano de la bellísima y distinguida señorita Guillermina Oncins y Aragón, nieta de don Julián Aragón y Aragón.

EN breve se celebrará la boda de la bella señorita María Ponsich Sarriera y el bizarro capitán de Caballería don Juan de Suelves y de Goyeneche, primogénito de los marqueses de Tamarit.

POESÍAS Y POETAS ESPAÑOLES

GRILO Y SUS "ERMITAS"

PARA la generación actual, las poesías de D. Antonio Fernández Grilo apenas si son conocidas. Y cuantos literatos de hoy las conocen no fijan casi mientes en ellas.

Y, sin embargo, Grilo fué un poeta de fama y de popularidad. Esto no puede desconocerlo nadie. Acaso le perjudicó el exceso de composiciones poéticas que dedicó, con alabanzas, a unos u otros personajes o personajillos de su tiempo; lo cual, además de dar a sus versos un carácter panegirista demasiado acusado, limitó en la mayoría de las ocasiones la inspiración del poeta, tan afortunada otras veces, sobre todo cuando volaba libremente sin prejuicio social que la encauzara o atase.

Estos defectos que, desde luego, señalo en la obra total de Grilo—obedeciendo más a un deseo de hacer justicia que al de rebajar en un ápice los méritos del escritor—, fueron hijos, sin duda, de la bondadosa manera de ser del vate, que le elevaba a pagar, con tiernas endechas o vigorosos romances, mercedes y atenciones de que era, por sus merecimientos, objeto.

Claro está que si hoy viviese don Antonio Fernández Grilo, sería él la primera persona que encontrase tales composiciones fuera de actualidad y el que más comprendería que su buen nombre de poeta no se había hecho con tales panegiricos, sino con el resto de su producción, justamente estimada por la crítica de su época y por el público de entonces... y de ahora.

Tuvo Grilo, para hacerse popular, un acierto completo—*Las Ermitas de Córdoba*—, y ellas bastaron para que se le concediese digno puesto entre los poetas de aquel tiempo.

Las Ermitas, como la gentes las llamaba, adquirieron pronta popularidad, hasta el punto de que fueron muchas las ediciones que en un año vendió su autor, del folleto en que las publicó. Tenían novedad, tenían emoción y, sobre todo, tenían sinceridad. De pensamiento muy acertado y de forma muy simpática es una poesía que envejecerá muy difícilmente. Así ocurre que leyéndola, por ejemplo, al frente del libro *Ideales*, en que Grilo compendió lo mejor de su obra literaria, ella se destaca por su lozanía entre las demás composiciones, a pesar de que algunas de estas como la dedicada a la Virgen de la Fuente-santa, está hecha—no hay más que empezar para convencerse de ello—, con el firme propósito de hacer otra poesía del mismo género, que aventajase en valor artístico al de su hermana mayor.

Y es que para Grilo, como para otro

escritor que se estime, nada debía servir tanto de estímulo o acicate para trabajar con afán de mejorar lo anterior, como el éxito de una obra que, por lo mismo que era tan considerable, había de convertirse, en algunos momentos, en verdadera pesadilla para su autor.

Pero no fueron *Las Ermitas* solamente las que dieron prestigio al poeta. La Oda *Al siglo XIX*; la composición *El Huracán* y la poesía *A mi primer hijo*, aparte de otras de marcado sabor regional, formaron y completaron la figura literaria de Grilo.

¿Quién no recuerda el comienzo de



El notable poeta D. Antonio Fernández Grilo.

A mi primer hijo, citado en muchas antologías y aun en alguna obra de texto que todos los estudiantes madrileños hemos aprendido?:

«Cuando ya sin mirarnos nos veía
y eran ciertas las dichas deseadas,
estas cosas su madre me decía
unidos con tiernísima alegría
y los dos con las manos enlazadas.»

Personas que conocieron al poeta y le oyeron leer sus versos recuerdan aun con emoción esta estrofa de un canto a la memoria de un niño que no llegó a ser la ventura de sus padres porque

«tan ángel fué que sin vivir ha muerto.»

Esta creo que fué también una de las mejores cualidades de Grilo; su arte para leer. El timbre de su voz, muy a propósito, la inflexión, el ademán, el gesto, todo le acompañaba para ser un admira-

ple recitador de lo suyo y de lo ajeno, siendo muchos los poetas ilustres que acudían a él para que, en el Ateneo, en un salón, en un teatro o en cualquier centro de cultura diese a conocer los últimos trabajos salidos de sus plumas. Leyendo Grilo, el éxito era seguro. Luego podría venir, según se dice, «el tío Paco con la rebaja;» pero ya el éxito estaba logrado y el poema, la leyenda o lo que fuere, en marcha. Y no digamos cuando Grilo leía algo de verdadero mérito. Entonces sus triunfos eran resonantes.

¿Se comprenderá ahora la fama de *Las Ermitas*? Si es una poesía preciosa por todos conceptos, ¿qué les parecería a quienes la oyeran de labios del propio autor, dándole toda la emoción y todo el brio espiritual que tiene?

Como su obra maestra quedó consagrada esta composición y así lo reconoce el propio Grilo en su dedicatoria al Conde de las Almenas—aquél D. Xavier de Palacio tan amigo de los buenos literatos—, cuando le dice: «Te dedico mi poesía más afortunada y más popular.»

Si en vida probó muchas veces el poeta las mieles del éxito, no dejó de pasar amarguras por las censuras de que le hacían blanco sus detractores. Pero de éstas pudo consolarse refugiándose en la amistad de muy buenos admiradores. Acaso una de las personas que más protección dispensaron entonces a Grilo fué S. M. la Reina Doña Isabel II, que no sólo le alentó a escribir más de una vez, sino que sufragó en París los gastos de la edición de lujo de *Ideales*, a la cabeza de la cual puso el autor, a modo de agradecimiento, la reproducción de una carta de la Soberana en la que aparecía la siguiente frase: «La publicación de tu libro será un patrimonio para tu hija, una gloria para la Patria y un orgullo para los amigos que tan bien te queremos.»

Al citar Doña Isabel a la hija del poeta ya sabía lo que hacía. Sabía que con ello tocaba la fibra más sensible del corazón de Grilo.

Y es que este hombre bueno, que a fuerza de emoción y sinceridad fué poeta, puso al final de su vida todos sus amores en su hija Magdalena. Ella, si vive como creemos, habrá podido ver que el nombre de su padre, aunque a veces lo parezca, no ha desaparecido del buen recuerdo de sus compatriotas.

JUAN DE AVILÉS

Puesto que en el anterior artículo se habla con insistencia de *Las Ermitas de Córdoba*, reproduzcamos la bella poesía y así podrán conocerla unos y saborear-

la de nuevo aquellos de nuestros lectores que ya la leyeron, seguramente, muchas veces, en su juventud. Dice de esta manera:

LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

Hay de mi alegre sierra
sobre las lomas,
unas casitas blancas
como palomas.

Les dan dulces esencias
los limoneros;
los verdes naranjales
y los romeros.

Allí, junto a las nubes
la alondra trina;
¡allí tiende sus brazos
la cruz divina!

La vista arrebatada
vuela en su anhelo
del llano a las ermitas;
¡de ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
sus desengaños;
allí cantan y rezan
los ermitaños.

¡El agua que allí oculta
se precipita,
dicen los cordobeses
que está bendita!

Prestan a aquellos nidos
luz los querubés,
guirnalda las estrellas,
¡mantos las nubes!...

¡Muy alta está la cumbre!
¡¡La cruz muy alta!!
¡¡Para llegar al cielo,
cuán poco falta!!

Puso Dios en los mares
flores de perlas;
en las conchas joyeros
donde esconderlas;

en el agua del bosque
frescos murmullos;
de abril en las auroras
rojos capullos;

arpas del paraíso
puso en las aves;
en las húmedas auras
himnos suaves,

y para dirigirle
preces benditas,
¡puso altares y flores
en las ermitas!

Las cuevas por el mundo
dan pesadumbre
a los que desde el llano
van a la cumbre.

Subid adonde el monje
reza y trabaja;
¡más larga es la vereda
cuando se baja!

Ya la envuelve la noche,
ya el sol la alumbra,
¡buscad a los que rezan
sobre esa cumbre!

Ellos de santos mares
van tras el puerto;
¡caravana bendita
de aquel desierto!

Forman música blanda
de un campanario;
de semillas campestres
santo rosario;

de una gruta en el monte
plácido asilo;
de una tabla olvidada
lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
pobres manjares,
parten con los mendigos
en sus altares.

Allí la cruz consuela,
la tumba advierte;
¡allí pasa la vida
junto a la muerte!

Por los ojos que finge
la calavera,
ven el mundo... y su vana
pompa altanera.

Calavera sombría,
que en bucles bellos,
adornaron un día
ricos cabellos;

esos huecos oscuros
que se ensancharon,
fueron ojos que vieron
y que lloraron.

Por esas grieteadas
formas vacías,
¡penetraron del mundo
las armonías!

¿Qué resta ya, del libre
mágico anhelo
con que esa frente altiva
se alzaba al cielo?

La huella polvorosa
de un sér extraño,
¡adornando la mesa
de un ermitaño!

Aquí, en la solitaria
celda escondida,
un cráneo dice: ¡¡Muerte!!
y una cruz: ¡¡Vida!!

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
¡¡Para llegar al cielo,
cuán poco falta!!

LA CASA DEL DIRECTORIO EL EDIFICIO DE LA PRESIDENCIA

En el magnífico edificio que en el paseo de la Castellana ocupa la Presidencia del Consejo, se han centralizado ahora, como es bien sabido, los diversos servicios del Directorio que nos gobierna, bajo la jefatura del General Primo de Rivera.

Allí celebra sus consejos el Directorio, y de allí están saliendo estudiadas las medidas nuevas que el nuevo régimen implanta.

Ofrece, pues, el hermoso edificio, una nota de actualidad que le hace hoy doblemente interesante a los ojos de los españoles.

El palacio del paseo de la Castellana, esquina a la calle de Alcalá Galiano, que ahora es centro del Poder ejecutivo, fué construido en el último tercio del pasado siglo, por el difunto marqués de Villamejor, para vivir él con su familia. El viejo marqués, poseedor de una considerable fortuna, quiso tener una casa en la que pudieran morar, con él y con su esposa, todos sus hijos, casados o no. Y así sucedió al principio. El vizconde de Iruete, el conde de Mejorada del Campo—luego duque de las Torres—, la condesa de Almodóvar, el conde de Romanones y el duque de Tovar, habitaron durante varios años, en unión de los marqueses de Villamejor, el suntuoso edificio. Pero murió el marqués, pusieron

casa aparte algunos de los hijos, y cuando pasado algún tiempo más, falleció también la marquesa, fué vendido el palacio a los Infantes don Carlos y doña Luisa.

Sus Altezas lo alhajaron a la moderna, y en él vivieron algún tiempo. Allí nacieron las Princesitas María de las Mercedes y Esperanza, y allí dieron los Infantes algunas fiestas.

Entre tanto, la Presidencia del Consejo, que había tenido que abandonar su antigua casa de la calle de Alcalá, por ruinoso, se hallaba muy deficientemente instalada en el edificio, luego incendiado, de la Audiencia. El Infante D. Carlos, que pensaba adquirir un precioso hotel en la calle de Lista, no tuvo inconveniente en vender al Estado su palacio. Así se hizo, y en pocos meses la Presidencia quedó alojada con todo el decoro que le correspondía.

El edificio es, desde luego, muy hermoso. Consta de tres pisos y dos fachadas principales. La de la Castellana, que es la importante, tiene delante un elegante pórtico, sobre el cual hay una espaciosa terraza. En el piso bajo se hallan el gran salón de recepciones—con cinco balcones al patio central—, dos salones muy espaciosos para juntas, y varias dependencias en las que se han instalado los despachos de los generales del Directorio. En el piso principal están

el salón de Consejos, los despachos y antedespachos del presidente, el subsecretario y el oficial mayor, dos grandes estancias destinadas a oficinas, y las de secretarías. Y en el piso segundo, las habitaciones de la Intervención civil de Guerra y Marina y del Protectorado en Marruecos. En este mismo piso estuvo, en tiempos, instalada la comisaría de Subsistencias.

El decorado de toda la casa está cuidadísimo. Los muros en blanco, con molduras y otros adornos dorados contrastan con la severidad del encerado *parquet* y de los muebles, cómodos y antiguos por regla general, de las habitaciones. Varios cuadros embellecen las estancias. En su mayoría son retratos de Soberanos españoles. Entre los demás figuran la consagración de un obispo, debido al pincel de Marceliano Santa María, y la playa de San Marcos, de Venecia, de otro distinguido artista español.

Por sus proporciones, por la belleza de sus estancias, y hasta por el sitio de Madrid en que se halla, el palacio de la Presidencia del Consejo es el lugar apropiado para alojar al primer ministro. No en vano fué mansión de Infantes y morada de una de las familias más opulentas de Madrid.

EL LIBRO DE LAS BODAS DE DIAMANTE DE "LA EPOCA"



D. Diego Coello y Quesada, conde de Coello de Portugal, fundador de «La Época».

Leon Roch el brillante cronista, cuyos bellos artículos han podido saborear en más de una ocasión los lectores de VIDA ARISTOCRÁTICA, ha publicado un nuevo libro. Siempre sería para nosotros interesante una obra nueva de D. Francisco Pérez Mateos, pero ésta ofrece un especial atractivo, porque en ella se hace la historia del periódico decano de la Prensa madrileña, que es desde hace setenta y cinco años el amigo constante y fiel, y el informador leal de las altas clases españolas. Ligada a la vida de *La Época* está la historia de tres cuartos de siglo de la historia de España. Ahora el querido colega ha celebrado, como saben nuestros lectores, sus bodas de diamante. Con este motivo, León Roch, secretario de su Redacción, ha publicado, en elegante volumen, el libro a que nos referimos, que se titula: «75 años de periodismo». Ameno, interesante, jugoso, se lee con verdadero deleite. En la imposibilidad de dar idea de toda la obra, reproducimos uno de sus capítulos: aquel en que León Roch traza la semblanza del actual propietario y director de *La Época*, sucesor de D. Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias. Dice así:

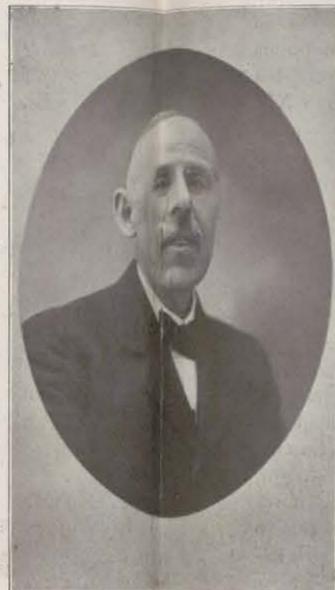
«En el mes de febrero de 1887, cuando ya contaba sesenta y

siete años de edad, murió aquél hombre bueno y noble, que con tan viriles arrestos y tan generosos entusiasmos trabajó y luchó por la Monarquía. Pocos meses después sucedíale en el cargo de director de *La Época* su hijo y heredero D. Alfredo Escobar y Ramírez, que aún continúa desempeñándolo. Como su periódico es el decano de la Prensa de Madrid, sin que ningún otro pueda disputarle con razón bastante este título, él es el decano de los directores de periódicos, pues no habrá otro que lleve treinta y dos años, como Escobar, laborando, sin descanso, día tras día. Y su más cumplido elogio, el que más habría de halagarle, podría hacerse con decir que en tan largo periodo se ha hecho dignísimo sucesor de aquel gran periodista, su progenitor y maestro.

No era pequeña la carga que la desgracia echaba de pronto sobre los hombros de Alfredo Escobar, ni escasas sus responsabilidades. Y a pesar de su juventud y de la natural inexperiencia, supo salir decorosamente del grave trance, venciendo las dificultades y los escollos en fuerza de voluntad, de constancia y de tenacidad, y ha continuado dignamente, y con honor para él, la historia de su periódico, manteniendo a éste en el puesto de preeminencia a que fuera elevado. Con lealtad acrisolada, sin vacilación ni desmayo, defendió la causa de la Monarquía y del partido conservador, y desde su puesto de combate prestó a la patria eminentísimos servicios. Esto bastaba, si no hubiese más, para dar honrosa ejecutoria al segundo marqués de Valdeiglesias.

Llegado en estas páginas el momento de hablar de Alfredo Escobar, hemos vacilado un punto, por temor a que pudiera considerarse interesado lo que dijéramos. ¡Vano temor!... En el lugar en que nos encontramos, aun siendo la misma modestia, ni el favor nos ha de producir beneficio ni granjería, ni el desfavor perjuicio. Podemos, pues, hablar sinceramente, ya que la propia conveniencia no nos lo estorba. ¿Por qué no ejercitar este derecho de ser sinceros, sin temor a los maldicientes ni a los envidiosos?...

Cuentan los biógrafos de D. José Ignacio Escobar que era un trabajador incansable, de una enorme capacidad de trabajo, y ante todo y sobre todo periodista. En el periódico y para el periódico trabajó constantemente, escribiendo el artículo de transcendencia, como las más



D. Alfredo Escobar y Ramírez, segundo marqués de Valdeiglesias.

humildes gacetillas. Desde los dieciocho años hasta la víspera de su muerte su mano incansable no dejó de laborar un solo día. Su pensamiento, sus entusiasmos, su alma y su vida entera fueron para el periódico. Dejó de escribir cuando dejó de existir. El poeta Carlos Coello lo dijo bellamente en un soneto, en el que trazó la silueta de Escobar después de muerto: «¡Hoy descañando está por vez primera!». Y leyendo estas líneas creíamos estar escuchando el elogio del actual director de *La Época*, porque así es también Alfredo Escobar: un trabajador infatigable, para quien no reza aquello de que a cada día le basta su propio afán, y un periodista de raza, que ha puesto en el periódico toda su pasión y que experimenta el mayor de los goces trabajando y escribiendo... y haciendo escribir a los demás.

Los años y los merecimientos fueron abriendo a sus actividades diferentes cauces. Político de abolengo, fué muchas veces diputado a Cortes y secretario del Congreso, y es ahora uno de los decanos entre los senadores vitalicios nombrados por la Corona; hombre de sociedad, muy estimado y querido en ella, la frecuente de continuo... Pero antes que eso, y sobre todo eso, ha sido y sigue siendo periodista; en el periodismo labró su fama y su posición; del periodismo nació y el periódico fué toda su obra y toda su vida; cuando actúa en la política, en la sociedad y en las finanzas es siempre el periodista el que actúa.

Desde que tenía dieciocho años viene trabajando Escobar en el periodismo, cultivando todas las secciones, desde la crónica hasta la gacetilla. Cuando joven colaboró en *El Imparcial* y en *La Ilustración* y otros periódicos; luego consagró todo su esfuerzo al suyo propio, y por la significación social y aristocrática de éste se dedicó con mayor asiduidad a la crónica de salones, popularizando el seudónimo de *Mascarilla*, como antes dió a conocer el de *Almaviva*. Y al cabo de los años, Valdeiglesias, Escobar o *Mascarilla*, decano y maestro de nuestros cronistas de salones, aunque un poco cansado y un poco viejo ya, sigue siendo un enamorado del periódico y del periodismo y trabaja con el entusiasmo y el cariño de los años mozos. Y así seguirá siempre, siendo ante todo y sobre todo periodista; un gran trabajador del periódico, de mucho amor propio, que quisiera hacerlo todo, y de un admirable golpe de vista, que descubre la noticia, el suelto, la crónica y el artículo donde otros ojos no lograron verlo. Valdeiglesias morirá, como los buenos artilleros, al pie del cañón, ocupando su puesto en la mesa grande de redacción, entre sus compañeros, que son su familia.

Comenzó Valdeiglesias su carrera de periodista a la edad en que otros jóvenes sólo se preocupan de los divertimientos propios de muchachos, cuando tenía diecisiete años. Celebrábase entonces la gran Exposición de Filadelfia y fué enviado por su padre para hacer un viaje de instrucción y de estudio por los Estados Unidos. Joven inteligente y observador, deseoso de estudiar, quiso escribir sus impresiones y envió interesantes correspondencias a *La Época*, a *La Ilustración Española y Americana* y a *Las Provincias*, de Valencia, el periódico del gran poeta D. Teodoro Llorente. Como trabajos de principiante, eran incorrectos y minuciosos hasta el exceso, llenos de repeticiones, y el ilustre Pérez de Guzmán, que los corregía, tenía que trabajar no poco. Pero en aquellas cartas, llenas de observaciones y de vida, que luego formaron un interesante volumen, palpaba un alma de verdadero periodista y ellas decidieron el porvenir de Alfredo Escobar.

Desde entonces el periodismo ha sido para él una verdadera pasión. A él consagra toda su inteligencia y toda su actividad, trabajando sin descanso muchas horas. Él dice, en una de sus peculiares hipérboles, que trabaja «treinta horas» cada día, y si se atiende a la intensidad del trabajo, puede que tenga razón. No se limita a las tareas directivas del periódico, que no es labor despreciable, y a inspirar a unos y a otros artículos, sueltos e informaciones, sino que a su vez es también cronis-



D. Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias.



Redacción actual de «La Época», reunida en torno de su director marqués de Valdeiglesias, de su redactor jefe D. Mariano Marfil y de su secretario D. Francisco P. Mateos.

ta y revistero de salones, y reporter y gacetillero. La noticia le enamora, lo mismo que la crónica, la información y el artículo. El dar en su periódico una noticia nueva, que ningún otro colega atrape, lo considera como un triunfo.

Si tuviéramos que establecer alguna distinción entre el padre y el hijo, diríamos que D. Ignacio José Escobar fué un gran periodista político, acomodado a su tiempo, como lo fueron los Lorenzana, los Borrego, los Coello, y que Alfredo Escobar ha sido sencillamente un periodista, un gran periodista a la moderna, lleno de iniciativas, de inventiva felicísima, un poco a la norteamericana, capaz de hacerlo todo y de intentarlo todo para lograr un *reportage*. Para hacer informaciones nuevas y originales, él ha sido el primer periodista español que ha hecho ascensiones en globo libre y en aeroplano; él ha entrado en una jaula de fieras, acompañado del domador, en pleno circo de Parish; ha realizado largos viajes, y sería capaz de intentar una expedición a la luna, o a los mismos infiernos. A pesar de su edad, durante la guerra europea hizo dos visitas a los frentes de batalla, sin temor a la fatiga. Cuando la Infanta Doña Isabel hizo su viaje a la Argentina, en 1910, acompañaron a la augusta dama varios ilustres periodistas, y Escobar fué el único que sacó verdadera substancia al viaje, escribiendo buena cantidad de crónicas y publicando luego un interesantísimo libro, como antes había publicado otro con las crónicas de los viajes del Rey Don Alfonso XII.

No ha sido nunca el segundo marqués de Valdeiglesias un buen articulista político; no ha sido tampoco un escritor brillante; pero ha sido un buen periodista, un buen director y un escritor ameno.

Muy aficionado a los viajes, a la lectura y al estudio, en los libros y recorriendo los países extranjeros; se ha formado una cultura extensa, varia, no profunda; cultu-

ra a lo periodista, que permite saber de todo y hablar de todos sin profundizar en nada, como el periódico requiere. Si se hubiera especializado en una materia cualquiera, sería en ella una eminencia, por lo mucho que ha leído, principalmente de arte, poesía y literatura. Pero es un temperamento inquieto y nervioso, incapaz de dominarse y de sujetarse a ninguna disciplina. Cualquiera otro, con menos talento y menos condiciones, hubiera sido ministro, y académico y cuanto quisiera. Él se ha contentado con ser periodista, aunque alcanzó no pocos merecidos honores en España y en el extranjero, entre los cuales es el más preciado el de la Gran Cruz de Alfonso XII, que posee.



Don Francisco P. Mateos (León Roch), secretario de «La Epoca»

Trabajador infatigable, en la labor diaria constante, realizada con verdadero cariño y entusiasmo, aprendió el arte de dirigir. Y es tal su amor al oficio y tan incansable su actividad, que refleja sus iniciativas en el artículo político y en los estudios económicos; en la crónica literaria y en las revistas de actualidad, como en las informaciones callejeras, no obstante haber sabido rodearse siempre de escritores y periodistas distinguidos, muchos de los cuales alcanzaron en las letras justa nominación y en la política altas posiciones. Su especialidad periodística ha sido la crónica de salones. En este arte, ni el gran *Asmodeo*, que lo inventó, ni *Kasabal* luego, hicieron tanto como *Mascarilla*, porque si fueron más literatos, eran menos periodistas. Los cronistas que han venido luego no han inventado nada, y no han hecho más que seguir las huellas de *Mascarilla*. Con los millares de crónicas amenas que escribió Escobar, de descripciones de palacios y casas y de otros asuntos, se podría formar toda una biblioteca interesante y amenísima.

Tal es, en rápida y sincera síntesis, este gran periodista que se llama Alfredo Escobar. Así creemos que es esta ilustre figura de la Prensa madrileña.

DE TODO UN POCO

LA EXTRAVAGANCIA EN EL PEINADO

MIENTRAS ahora las mujeres adoptan decididamente la moda de llevar los cabellos cortados a la altura de las orejas, en el siglo XVIII pretendían escalar el cielo con sus extravagantes peinados.

El siglo XVIII fué el siglo de oro para los peluqueros. No era caso insólito el de los artistas del peinado que invertían seis horas en el arreglo del pelo a una damisela. En todo este tiempo, el peluquero confeccionaba una maravillosa obra de arte.

He aquí un pintoresco ejemplo: Madame de Charolais, se presentó en un baile regio, llevando en la cabeza un minúsculo jardín, en medio del cual se había simulado un bosquecillo, y en medio del bosquecillo, un retrato del señor de Charolais. No menos artístico fué el peinado de la señora de Lamballe: figuraba un navío de tres puentes, con el velamen y la arboladura completos.

Los famosos gorros de pelo, que dejaron de llevarse en 1848, eran insignificantes adornos al lado de estas complicadas construcciones capilares.

Desde luego, a estas extravagancias correspondía la existencia de un verdadero ejército de gentes dedicadas a la confección de tamañas obras de arte. Mil doscientos peluqueros empleaban a más de seis mil dependientes. Formaban una verdadera aristocracia en su profesión y gozaban de privilegios. Dos mil artesanos del peinado trabajaban en sus casas. Seis mil lacayos no tenían más misión que peinar a sus respectivas señoras. Todo este ejército era absorbido según un contemporáneo, por la industria del peinado en París.

Entonces, la capital de Francia no contaba sino doscientos mil habitantes. No es de admirar que con tantos peluqueros pudieran las damas convertir sus cabezas en ambulante exposición de las más maravillosas extravagancias.

UN CONCURSO MUY ORIGINAL

Un curioso y original concurso de labor de aguja (ganchillo) se ha celebrado recientemente en Atlántic City. Veintidós señoras y un caballero se pusieron frente a frente, dispuestos a medir sus fuerzas. Entre los concursantes no faltó una valiente anciana de ochenta y ocho años, que quiso demostrar que, a pesar de su

vejez, aún se sentía fuerte; la más joven era una niña de doce años.

El competidor masculino era un antiguo combatiente de la guerra, herido en el campo de batalla en Argona, y que había aprendido a hacer labor de ganchillo durante su estancia en un hospital parisién.

El hombre se declaró vencido después de quince horas de trabajo continuado. Las mujeres todas siguieron animosas, pensando cada una de ellas en ser la ganadora del campeonato; pero cinco horas más tarde (a las veinte de haber comenzado el concurso), algunas se vieron abandonadas por las fuerzas, y comenzaron las defeciones, más numerosas cada vez, a medida que el tiempo avanzaba.

A las veintitrés horas justas de trabajo no interrumpido, sólo quedaban tres disputándose la victoria. Sus criadas respectivas les hacían ingerir alimentos para sostenerlas y neutralizar el desgaste nervioso, mientras un gramófono desgarraba las notas brillantes y alegres de varios aires populares.

Terminado el concurso, se dió una nota simpatiquísima y ejemplar. Los vestidos de punto de lana que se confeccionaron durante el match fueron regalados y distribuidos entre los pobres del pueblo.

RECUERDO HISTÓRICO DESPUÉS DE MONTE-MURU

IV

MANIOBRA DE PAMPLONA
DORREGARAY, MENDIRY Y PÉRULA

MEDIABA en España el mes de septiembre de 1874 y al mismo tiempo que en Madrid se desarrollaban sucesos políticos e internacionales de gran importancia, en el Norte, en los Montes de Navarra, tomaba de nuevo la lucha con los carlistas caracteres verdaderamente serios.

Como el plan adoptado por los facciosos después de Monte-Muru fué el de establecer líneas militares en las provincias que ellos dominaban, aislando las poblaciones de importancia, en ellas situadas, este plan fué el que siguieron con Pamplona, cuya situación topográfica, para el bloqueo, no podía ser más excelente.

En efecto; rodeada la capital de Navarra por macizos montañosos cuya posesión, por parte de los carlistas, ponía a Pamplona en grave riesgo de caer en poder del enemigo, tan solo con el aislamiento, que traería consigo a la plaza el hambre y la sed, a conseguir la rendición de este modo se dirigieron los facciosos, ya que con los elementos de guerra con que contaban no podrían lograrlo, porque sus murallas, artillería y guarnición harían fracasar todo asalto.

Dominando la carretera que va de Tafalla a Pamplona, en la Peña de Unzué, atalaya de estas posiciones, en el abrupto Carrascal, en la sierra de Alaiz, que corta el camino, y en las estribaciones de los montes del Perdón, que lo hacen difícil, colocó Mendiry sus fuerzas, en número de 8.000 voluntarios con artillería.

Tan cerca estuvieron los carlistas algunos días de la plaza, que desde los arrabales de Pamplona se oían las músicas de los batallones navarros. Parejas de caballería facciosa llegaron tan inmediatas a la bloqueada urbe, que sorprendieron a pacíficas gentes que paseaban tranquilas.

«Llegó a tanto la audacia de la caballería carlista, dice un viejo pamplonés de aquellos días, que en las afueras más próximas a la población sostuvieron con la Guardia civil y con los Forales rudos combates a tiros y sablazos.»

La situación de la capital de Navarra era grave; si no por la falta de fuerzas y de defensas, por escasez de medios de vida, y así hubo de ponerlo el Alcalde de Pamplona en conocimiento del General Moriones, solicitando de él pronto auxilio, muy principalmente de carbón, para que no cesase el alumbrado del gas, y después, de aceite, de petróleo y de existencias alimenticias.

Transmitida la perentoria necesidad por el Marqués de Oroquieta al Comandante en

Jefe del Ejército del Norte, D. Manuel de la Serna, el General en Jefe, después de diferir para más adelante la operación que proyectaba sobre La Guardia, se dispuso a apoyar el movimiento de Moriones, marchando hacia Los Arcos con el 2.º Cuerpo, disminuido en una brigada que le había sido pedida por el Capitán General de Navarra.

Si V. E. pone a mi disposición una brigada, decía Moriones a La Serna, si V. E. se mueve

en dirección al Carrascal, La Serna con sus fuerzas marchase hacia Los Arcos, Lerín y Oteiza. De este modo los facciosos viendo en peligro a Estella, correrían allí, dejando libres las amenazadoras posiciones que en la sierra de Unzué, Alaiz y el Perdón cerraban el camino de Tafalla a Pamplona.

Pero para realizar por completo esta maniobra el General en Jefe, ni tenía fuerzas suficientes, ni resolución para abandonar, por muy poco tiempo que fuese, la línea del Ebro.

Sólo llegó La Serna hasta Los Arcos, y allí hizo alto con sus tropas, manifestando a Moriones no continuaba la marcha, porque la ribera de la Rioja había quedado, incluso Logroño, casi por completo desguarnecida, y por el lado de Alava, seriamente amenazada por las fuerzascarlistas que allí operaban.

El Marqués de Oroquieta tuvo forzosamente que realizar sólo la maniobra que llevaba consigo el abastecimiento de la capital de Navarra. Pero al llevarla a efecto no confiaba en el éxito completo, dado el número y las formidables posiciones del enemigo.

Como los facciosos, al tener conocimiento de la marcha de La Serna, creyeron en un próximo ataque a Estella, en las asperezas que la rodean concentraron sus batallones, desguarneciendo, casi en su totalidad, las sierras que, ocupadas por ellos, cerraban por completo el acceso a Pamplona.

Con escasísima lucha, Moriones pudo llegar con el convoy a la capital de Navarra, el 20 de Septiembre.

Escalonadas sus divisiones en los macizos que mejor dominan la carretera, garantizaron el paso de los carros, acémilas y tropas de protección.

Pero no duró mucho la facilidad del éxito, y así, tan pronto como los carlistas se convencieron de que La Serna no pasaba de Los Arcos y que se retiraba, corrieron de nuevo a ocupar sus temibles posiciones, el día 21.

A semejanza de leopardos con alas, estos prodigiosos guerrilleros, atravesando como el rayo la sierra del Perdón, cayeron impetuosos sobre Biurrun, que ocupaban fuerzas de la división Colomo. El choque fué duro, muy duro, como de hombres valientes, dispuestos siempre a morir antes que ceder.

En un principio, el fuego nutrido y certero de los batallones de Cantabria, parapetados en las casas del pueblo, contuvo el avance de los facciosos, y el 3.º de Navarra hubo de retroceder en desorden, perseguido a la bayoneta por cuatro compañías de San Quintín.

Pero rehechos, sin tardar, los carlistas y reforzado el 3.º de Navarra con el 2.º de la misma Región y el 2.º de Castilla, llevando a la cabeza al bravo Coronel Montoya, fué tal el empuje y rudeza del ataque, que las fuerzas liberales retrocedieron, dejando en poder del enemigo 70 prisioneros, habiendo habido



Trágico episodio de la lucha.

con sus fuerzas en dirección a Estella, podré llevar el convoy a Pamplona y quizás conseguir también un gran triunfo sobre los carlistas.»

Era el plan del Comandante en Jefe del 1.º Cuerpo que, en tanto él con sus tropas avanzaba



Momento difícil de la división Colomo, en Biurrun.

momentos en que estuvo en peligro parte de una batería Krupp.

«Continuando el enemigo su movimiento ofensivo, dice la «Narración Militar de la Guerra Carlista», desordenó a las tropas liberales y quedó dueño de Biurrun y de la Ermita. El fuego de la artillería y las fuerzas que todavía no habían emprendido la retirada contuvieron el avance de los carlistas, y permanecieron los liberales a unos 1.500 metros del pueblo, contribuyendo al efecto el Regimiento de León, que había marchado a retaguardia del convoy.

«Aún en terreno llano, o a lo menos no muy montuoso se sostuvo el fuego; pero cesó, tanto por la aptitud de los liberales como por que el brigadier Pérula previno a Montoya que se retirase, tal vez por carecer de municiones.»

Apenas cesa la lucha, Pérula abraza entusiasmado a Montoya, héroe de la jornada. Navarros y castellanos ovacionan al siempre valiente caudillo de la causa, pidiendo para él la Cruz de San Fernando.

En la tarde de este día llega al campo de la acción D. Carlos, a quien acompañan, en su Cuartel Real, Mendiry y Dorregaray.

Revista la facciosa Majestad a sus esforzados voluntarios, y al pasar frente a Montoya estréchale la mano y le anuncia iba a conceder la corbata de San Fernando al 2.º y 3.º de Navarra, al 2.º de Castilla y al primer Escuadrón de Borbón.

Mendiry quedó el 21 en Biurrun con cuatro batallones y dos escuadrones; y a la derecha de estas fuerzas, en Añorbe, Ucar, Hernáiz y Adios, en la vertiente Sur de la sierra del Perdón, los siete batallones restantes más dos escuadrones, al mando de Dorregaray y de los Jefes de las Brigadas.

Frente a los facciosos, al otro lado de la carretera de Tafalla-Pamplona, en Tiebas, Murutarque, Unzué, Mendivil y Barasoain, estaban las tropas de Moriones. Regresó sin novedad, el 22, el Comandante en Jefe del 1.º Cuerpo, después de abastecer la capital de Navarra y acampó en Unzué.

Pero era preciso, al marqués de Oroquieta, dar fin a la maniobra emprendida, retirar las fuerzas de su mando a su base de operaciones, movimiento difícil, puesto que tenía que realizarlo sin apoyo alguno, dado que La Serna, con las tropas del 2.º Cuerpo se encontraba ya en la orilla derecha del Ebro.

En la mañana del 23 comenzó el movimiento. Las tropas liberales que estaban en Tiebas iniciaron la retirada.

En un principio los carlistas rompieron fuego de cañón; pero sin tardar y al ver que las tropas de Moriones, que estaban en Murutarque, retrocedían también; a las órdenes de Mendiry y de Pérula y en número de siete batallones, navarros, castellanos y aragoneses, se lanzaron los facciosos en furioso ataque sobre el centro y sobre la izquierda de la línea liberal.

Las estribaciones de la sierra del Perdón y las asperezas de la sierra de Añorbe, fueron testigos entonces de una de las luchas más tenaces y terribles que registra la historia en las guerras civiles de España.

Dueños ambos combatientes de formidables posiciones y amparados en ellas, no se sabía qué admirar más, si la serenidad y aplomo de los soldados del Marqués de Oroquieta, en su retirada por escalones, perfectamente ordenada,

o el incomparable vigor de los eternamente bravos voluntarios de la Tradición.

Todas las tropas del 1.º Cuerpo iban sucesivamente abandonando las posiciones que habían ocupado para proteger la operación sobre Pamplona.

La maniobra no podía ser más difícil porque se hacía en retirada y bajo el fuego y el hierro de un enemigo que se consideraba vencedor.

El gran conocimiento que el Comandante general de Navarra tenía del terreno, hizo que los facciosos, en su ofensiva, hicieran el menor daño posible a sus tropas, dado lo tremendo del combate.

Ya en las riberas del Zidacos y cuando los carlistas, poderosamente reforzados, se disponían a atacar a Moriones, por ambos flancos, en las cercanías de Barasoain, recibieron, en su avance, durísima lección.



¡Por la Patria!

Allí esperaba contenerlos el Marqués de Oroquieta y allí los contuvo, haciendo jugar pronto y con gran efecto la artillería.

En el paroxismo de una gran victoria que ellos creían segura, presentaron los carlistas sus fuerzas en grandes masas y en terreno abierto.

Una espesa lluvia de metralla cayó sobre los batallones facciosos, haciendo en ellos horrosa mortandad, al propio tiempo que la infantería de Cataluña y de Colomo, apoyada por las carabinas de Talavera y de Arlabán, completaban el estrago de la artillería.

Las fuerzas todas de Moriones hicieron sobre

ANTE EL ALCAZAR DE SEGOVIA

A mi ilustre amigo D. Juan de Loriga, Conde del Grove.

¡Alcázar de Segovia!.. Te ví por vez primera en una estival noche de la luna al claror...
¡Ay, cuánto te soñara el juvenil amor de un corazón herido por la sutil quimera!
Para mi dulce anhelo ¿qué importa que yo viera sólo una sombra vana de tu antiguo esplendor; y que más que las llamas, con hórrido furor los hombres profanasen tu idealidad señera?
¡Allí estaba tu alma!.. ¿Cuál ella me decía de tus antiguas gestas, insignes, peregrinas, que tus torres pregonan, con bizarra ufanía!..
¿Y dónde ya tus tuestas?.. Tus Reinas, ¿dónde están?.. Esas áureas historias, como las golondrinas, del gran Gustavo Adolfo, esas... no volverán!

ADOLFO DE SANDOVAL.

los soldados de D. Carlos, un fuego tan espantosamente nutrido y certero, que hubieron de ceder y tocar retirada.

Las tropas del 1.º Cuerpo acamparon en Barasoain, Garinoain y Pueyo, en la orilla derecha del Zidacos, permaneciendo en estas posiciones hasta la mañana del 27 en que, por orden del General en Jefe, se retiraron a Tafalla y Olite.

Estas jornadas originaron serias desavenencias en el Alto Mando carlista.

«Pensó Dorregaray, dice Pirala, ascender a Pérula a Mariscal de Campo, y al participárselo a Mendiry, le expuso éste que no contaba aquél más que tres meses de antigüedad en el empleo de Brigadier y los había más antiguos que tenían prestados eminentes servicios, los cuales se sentirían con justicia. Estimó Dorregaray estas observaciones; pero el mal estaba ya hecho,

puesto que había dicho a Pérula, que se iba a proponer para la faja, dándole la enhorabuena; y como no lo hizo, sin ocultar que fué por oposición de Mendiry, creose entonces la enemistad que tuvo a éste Pérula.»

Por este tiempo la consecuencia de las grandes envidias y rivalidades entre los palaciegos de la Corte de Estella y los Generales con mando de la Causa, D. Carlos hubo de relevar en la Jefatura de E. M. del Ejército al marqués de Eraul, poniendo en su lugar al conde de Abárzuza.

Cuando el Monarca de las Montañas habló al futuro Jefe de E. M. de este proyecto, D. Torcuato Mendiry hubo de contestarle:

—Es tan leal y sirve a V. M. con tal abnegación, que puede tener en él la mayor confianza. Además, las circunstancias le han colocado sobre todos nosotros de una manera natural, y le obedecemos y respetamos sin violencia.

No hizo D. Carlos la menor observación; llamó al día siguiente a Mendiry y le dijo:

—He separado del mando al General Dorregaray y te he nombrado a ti para reemplazarle: ahora mismo vas a su alojamiento a comunicarle el Real decreto y que te haga la entrega. Varias veces me ha pedido el relevo para atender al restablecimiento de su salud y sería egoísta en mi no concedérselo y exigirle nuevos sacrificios.

Mendiry recibió el alto cargo con verdadero disgusto. El carecer el Ejército faccioso de una organización sólida y las regiones que lo habían de sostener de los necesarios recursos, unido a que se esperaba del nuevo Jefe de E. M. mucho más de lo que el nuevo Jefe podía hacer, dados los escasos elementos con que contaba, hacían que el conde de Abárzuza no confiase en el éxito de su mando.

«Se separó de D. Carlos, Mendiry, escribe Pirala, tristemente impresionado; vió después a Dorregaray, que creyendo era el causante de su destitución le dirigió palabras inconvenientes, que rechazó con dignidad, y quedó encargado de un mando, cuyo peso le abrumaba.»

Dorregaray fué a Elizondo con la idea de pasar después a Francia, pensamiento que no puso en práctica por consejo de Elio, que se encargó de nuevo del Ministerio de la Guerra. En Enero del próximo año de 1875, el marqués de Eraul tomó el mando del Ejército faccioso del Centro.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

Teatro

ESPAÑOL.—*El mercader de Venecia*, de Shakespeare, adaptado a la escena española por Ramón Almicroa.

CENTRO.—*El bandido de la sierra*, drama en tres actos y un epílogo, en verso, de Luis Fernández Ardavin.

Ramón Almicroa (anagrama de Marcial Morano) no ha querido ser menos que André Rivoire. Hace cinco o seis años hizo éste representar en el Teatro Francés una obra titulada *Julietta y Romeo*, arreglo caprichoso de la tragedia de Shakespeare, que lleva el mismo título a la inversa. También es verdad que un poeta español del siglo XVIII y principios del XIX, don Dionisio Solís, dió una versión de esta obra con el título de *Julia y Romeo*.

André Rivoire y Ramón Almicroa cuentan en Francia con no pocos precursores.

A través de la literatura francesa se observa muchas veces el prurito de adaptar a la moda literaria de cada siglo las obras geniales de otros países y de otros tiempos. Saint Georges de Bouhélier, un dramaturgo muy estimable, que hace actualmente obras nuevas con temas clásicos—con la historia de Eúipo, verbigracia—tiene un precursor en La Motte-Houdart que a principios del siglo XVIII tradujo al francés la *Iliada* y la *Odisea*, adaptándolas al gusto que por aquellos días querían poner en auge los «modernos» de la escuela de Perrault y de Fontenelle. No hay para qué decir que La Motte se puso en ridículo con su empresa, y que sus poemas homéricos escritos como si «el ciego de las siete ciudades» hubiera vivido en 1714, son hoy únicamente una curiosidad literaria y un documento para juzgar la querrela famosa entre antiguos y modernos.

Shakespeare—de quien nos hemos ocupado muy poco en España, a pesar de Moratin, Guillermo Macpherson, Benavente y algún otro—tuvo también en Francia en el siglo XVIII quien le corrigiera y adaptara su tragedia al patrón de Voltaire.

Fué este shakespeareano irrespetuoso el bonachón Ducis «católico, poeta, republicano y solitario», según él mismo se calificaba.

Ducis hizo representar su traducción del *Hamlet* en 1769, el *Romeo y Julieta* en 1772, *Macbeth* en 1784, *Otelo* en 1792, *Abufar* en 1795. No puede imaginarse nada más ridículo que estas tragedias de Shakespeare echadas a perder por Ducis so pretexto de amoldarlas al espíritu francés y a las reglas seguidas por Voltaire.

En la versión de *Hamlet*, Ofelia es una heroína de tragedia clásica a quien aparta de su amado un edicto baladí, que se publica antes de haberse aparecido al príncipe la sombra paterna. Se suprimen en absoluto las escenas de los comediantes, de los sepultureros y el famoso monólogo *To be or not to be* queda reducido a unas cuantas palabras, por las cuales no hubiera sido fácil al propio autor reconocer su obra, si para ello hubiera resucitado expresamente. No hay la calavera de Yorik que da motivo a *Hamlet* para discurrir sobre la muerte de este bufón a quien él conoció y en cuyos labios «dió besos sin número». Por desenlace presenta Ducis una sedición del príncipe dinamarqués que causa la muerte a Claudio. Gertrudis, la reina, se suicida para evitar un parricidio.

En *Romeo* no hay alondra, se suprime el personaje de Lorenzo, Montesco devora en la prisión a sus cuatro hijos, ni más ni menos que el conde Ugolino. *Romeo* se transforma en un guerrero terrible y Dante interviene en la acción.

En *Macbeth* se suprimen las brujas, lady Macbeth toma el nombre de Fredegunda y se sigue hasta la exageración la poética un tanto noña que empezó a estimarse en los días de Crébillon.

La mujer de *Otelo* se llama Hedélmona en vez de Desdémona. Esta tiene en realidad un cortejador con quien se ve en secreto. Yago desaparece; es un personaje que Ducis suprime por

inútil. *Otelo* mata a la adúltera con un puñal en vez de ahogarla con la almohada. El pañuelo se sustituye por una carta. Ducis quiso imitar en esta traducción el *Zaire* de Voltaire.

¡Para qué seguir! Ducis no hizo otra cosa en sus traducciones que estropear las tragedias de Shakespeare que cayeron en sus manos pecadoras. Y lo más curioso del caso es que el poeta (?) francés era un admirador entusiasta y apasionado de Shakespeare, del verdadero Shakespeare, no del autor que él presentaba ante el público de su país: Uno de los tipos que Ducis admiraba más en Shakespeare era precisamente el Yago de *Otelo*, que él borra de un plumazo en su adaptación.

No se crea, sin embargo, que Ducis era un escritor vulgar, sin chispa de talento y sólo comparable a nuestro Comella y algún otro de su calaña. No. Ducis, que no podía tolerar al abate Delille y que se había refugiado en la lectura del gran trágico inglés de cuya persona tanto se discute al presente, era un espíritu bastante cultivado, que procedía de buena fe y que estimaba hacer un favor a Shakespeare adaptando sus obras a los cánones del clasicismo, tan gratos a Voltaire, como admirador entusiasta de Racine.

El asunto puede estudiarse con toda amplitud en el libro de Jusserand *Shakespeare en Francia sous l'ancien régime* (1899).

Ramón Almicroa ha hecho algo semejante con *El mercader de Venecia*, que es, a mi juicio, una de las obras que mejor definen el genio de Shakespeare y el genio universal.

El odio de Shylock, el judío, es una explosión terrible de venganza. No es el usurero israelita quien quiere vengarse de Antonio el mercader. Es toda una raza oprimida durante la Edad Media que se revuelve y aulla contra sus dominadores. La libra de carne que solicita el judío es el precio de unos cuantos siglos de vejámenes. Los salvazos, los empujones, las burlas, los golpes, hasta las bofetadas casi rituales que el pueblo deicida recibía cada Jueves Santo de manos nobles, armadas de ferreo guantelete, van a tener su castigo en la libra de carne. Surge entonces la leyenda que recogen las *Gestas romanorum* y Juan Florentino *Il Pecorone*, y Shakespeare, y después de Shakespeare el historiador de Felipe II de España, Gregorio Leti, en su *Historia de Sixto V.*

Como casi todas las obras compuestas por el trágico inmortal de Stratford-on-Avon, *El mercader de Venecia* abunda en elementos folklóricos bien perceptibles y en rasgos que aseguran su origen italiano y del Renacimiento. El genio de Shakespeare no borró ninguno de estos caracteres que habían de dar a la obra vida perdurable, pero señaló con fuerza la individuación del hecho social que la leyenda le ofrecía diluido y disperso y contribuyó a concretar y a poner como en cifra un sentir colectivo, informe, caótico, semejante a la piedra o el mármol antes de ser esculpidas por un Fidias o un Buonarrotti.

En el *Shylock* todo vive, todo se tiene en pie. Por los personajes corre sangre cálida. Los discursos, las comparaciones, las imágenes que salen de sus labios, todas ellas un poco librescas y muy en el gusto de la Italia renaciente, no matan aquí la humanidad perfectamente real del judío, de Porcia, de Antonio, de Basanio, de Graciano, de la misma Nerissa. Con cualquiera de los personajes secundarios de Shakespeare podría hacerse el protagonista de otro drama y siempre habría que admirar un tipo de carne y hueso, humano hasta la entraña. ¿Por qué habrá mutilado el Sr. Almicroa la escena de los cofres? Por lo que tiene este episodio de español merecía aún mayor respeto. *El examen de maridos*, de Alarcón, es por su asunto una variante del tema de los cofres que hay en la obra de Shakespeare. El autor inglés y el comediógrafo de Nueva España lo tomaron de un cuento italiano. La Porcia shakespeareana y la Inés de Alarcón se parecen no poco. La obra inglesa es anterior en unos años a la española.

Del *Mercader de Venecia* tenemos en nuestro idioma muy bellas traducciones: la del marqués de Dos Hermanas, la de Jaime Clark, con prólogo de D. Juan Valera y la de Menéndez y Pelayo que también tradujo *Romeo y Julieta* y *Macbeth*. Podría haberse aprovechado cualquiera de estas versiones antes de imitar a Ducis.

Pero, de todos modos, algo queda de Shakespeare en la adaptación de Almicroa, que ha reducido a tres los cinco actos de la obra. Al

menos vemos en el escenario hombres con sangre y con alma y no los muñecos a que nos tienen acostumbrados algunos autores del día.

Morano, que lucha con el recuerdo de Ermete Novelli, está insuperable de fisonomía y de gesto. Por su expresión y por sus ojos pasa el odio milenario de una raza vencida. Su voz y su ademán se adaptan a las fingidas humildades de quien nutre su venganza en el disimulo. Su complexión hercúlea es más propia de *Otelo* que de *Shylock* que debe ser un tipo flacucho, enteco, al que de un empujón se le hace rodar por tierra.

Amparo Fernández Villegas dió al personaje de Porcia todo su italianismo. El resto de la compañía forma, cada uno en su papel, un conjunto muy aceptable.

Borrás inauguró su temporada en el Centro con un estreno de Ardavin, el autor de *La dama del armiño* y *El doncel romántico*. Titúlase esta nueva obra *El bandido de la sierra*, y está inspirada en la leyenda de los bandoleros generosos que roban a los ricos para socorrer a los pobres.

En cuanto se levanta el telón y vemos de lo que se trata, viene al recuerdo el capítulo del *Quijote* en que Cervantes nos amista con Roque Guinart, y al propio tiempo se van de la imaginación *Los bandidos*, de Schiller, en que habíamos pensado al entrar en el teatro, sugestionados quizá por el título de la obra.

Si Salvador Peñalara, el protagonista de Ardavin, el «bandido de la sierra», fuera un hombre «con ilustración y leído», como se declara a sí mismo el otro personaje fundamental de la obra, Hilario Recio, podría tomar para lema aquel verso de Southey:

«An t those who suffer bravely save mankind»

El bandido Peñalara salva con sus sufrimientos, no a la especie humana, claro está, sino únicamente a su antiguo enemigo Hilario Recio y a quienes en el pueblo viven bajo la odiosa tiranía de este último.

Pero Ardavin antes que hombre de teatro es poeta, y no precisamente poeta popular, de donde resulta que su drama peca de artificioso y de falso, por no ajustar en él con el asunto, el lenguaje, que quiere ser poético, refinado, rico en imágenes y en bellos conceptos.

Yo no creo que lo artificial, estudiado y libresco, sea baldón de la poesía y de la literatura. Las letras latinas, con Virgilio a la cabeza, son un calco de las letras griegas, y no por eso dejan de tener un lugar de los más excelsos en la literatura universal. ¿No abusa también Cervantes en el *Quijote* de los temas librescos que había de moda en su siglo, y no nos choca que una novela tan humana y tan real como *el Ingenioso Hidalgo* contenga episodios de géneros tan artificiales como la novela pastoril y la novela de aventuras? ¿Por qué entonces buscar la realidad cuando el temperamento impulsa, no a la «naturalidad», sino a la «bella naturalidad», como dice la retórica clásica?

Si los personajes de *El bandido de la sierra* estuvieran inspirados en los convencionalismos de la ficción literaria—ya en su forma directa, ya jugando con ellos, como jugó Rostand en *Los Noveleros*—Ardavin podría haber escrito una obra muy en su carácter de poeta idílico. En ella no hubiera necesitado dislocar la versificación. El poeta siente la Arcadia, no la sierra, y como es por condición un vate romántico, influido por Zorrilla, estimo que en estos escarceos rústicos debe seguir las huellas de Garcilaso o de Cadalso y Meléndez Valdés.

El autor—*felix culpa!*—no sabe qué hacerse con hombres rudos, más de acción que de pensamiento, e incapaces de decir todas las cosas bonitas que se conciben en una mente de poeta.

Estarían más en su cuerda los marqueses y marquesas encintados que han leído a Rousseau, y discurren con su disfraz campesino por las frondas de Versalles, muy contentos de que amores un poco a flor de piel les den asuntos de *marivaudages*.

En otra ocasión, con más espacio, trataré de estudiar al señor Ardavin como poeta, porque poeta lo es en alto grado, y no impiden que lo sea algunas de sus equivocaciones dramáticas, en las que acaso no es él único responsable.

Muy bien en sus papeles respectivos Borrás y Ruiz Tatay, y muy discretos los demás.

LUIS ARAUJO-COSTA,

Mundo Mundillo...



BAJO el nuevo régimen, gobernada España por un Directorio a cuyo frente figura el teniente general don Miguel Primo de Rivera marqués de Estella, en quien S. M. el Rey ha puesto su confianza, no nos toca a nosotros, patriotas ante todo, sino desear a los gobernantes de hoy la mayor suma de aciertos para que su labor pueda ser beneficiosa para esta nación, tan digna de ser próspera y feliz.

Se hallan en España SS. AA. la Infanta doña Paz, su esposo el Príncipe don Luis Fernando de Baviera y sus hijos, que después de pasar varios días en el Norte, siendo durante algún tiempo huéspedes en Comillas de los marqueses de este título, vinieron a Madrid y marcharon luego a sus posesiones de la provincia de Cuenca.

SS. AA. volverán a la Corte más adelante para pasar una temporada al lado del Infante don Fernando.

Los diplomáticos extranjeros que se hallaban veraneando en San Sebastián, han regresado a Madrid, presentándose al Presidente del Directorio marqués de Estella.

En la catedral de San Esteban, de la capital de Hungría, se ha celebrado el bautizo de la hija recién nacida de los barones de las Torres. Como es sabido, ella se llamó de soltera Quintita Despujol, y él es don Luis Alvarez de Estrada y Luque, secretario de nuestra Legación.

Se impusieron a la niña los nombres de María Francisca, y fué apadrinada por su tía la señorita María Josefa de Reynoso y por su abuelo paterno, don Luis Alvarez de Estrada, vicepresidente del Banco Español de Crédito.

Asistieron a la fiesta familiar muchos representantes del Cuerpo diplomático, además de la señora viuda de Despujol, madre de la baronesa de las Torres, que ha estado acompañando a su hija; su hijo el barón de Burjaceña, el ministro de España en el Quirinal, don Francisco de Reinoso, tío carnal de la baronesa, y otras personas.

DURANTE los últimos días, Madrid se ha animado extraordinariamente. Llegó el Otoño y con él se abrieron los teatros, vinieron los trenes llenos de veraneantes y volvieron a verse los hoteles elegantes y las calles céntricas llenas de gente.

En Barcelona ha dado a luz felizmente un niño la bella esposa del gentil hombre de Cámara de Su Majestad, don Pablo Vila San Juan.

El recién nacido fué bautizado en la basilica de la Merced, imponiéndosele los nombres de Pablo de Federico.

También ha dado a luz felizmente una niña, que recibió en la pila bautismal el nombre de María Luisa, la señora de Brunet (don José Manuel).

En Sevilla ha recibido las aguas bautismales una hija de los condes de Santa Bárbara. Se la impuso el nombre de Enriqueta, apadrinándola la señorita de Plasencia y el conde de Torralba.

Y en Madrid se ha celebrado el bautizo del hijo de los vizcondes de Priego, al que se le impuso el nombre de Fernando.

Fuó apadrinado por su tía, la señorita Rosa Alvarez de las Asturias Bohorques y su bisabuelo, el conde de Guaquí, representado por el duque de Gor.

Los matrimonios recién casados que pregonando van la alegría—los buenos padres que a

sus hijitos solemnemente siempre bautizan—los Caballeros, cuando se cruzan en varias Ordenes de la milicia—a sus amigos mandan, de obsequio, bombones marca «La Duquesita».

Et. Grande de España marqués de Nervión, don Francisco Armero y Castrillo, vizconde de Bernuy, ha presentado en la Alta Cámara los documentos justificativos para ser senador por derecho propio.

ANTE el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla, ha jurado el cargo de gentilhombre, con ejercicio y servidumbre, el marqués de la Coquilla, primogénito del Marqués de Viana.

Se halla restablecida, después de la operación que le ha sido practicada, la señorita María Antonia Alvarez de Toledo y Mencos, hija del marqués de Casa Pontejos.

LA condesa del Puerto, teniente aya de Sus Altezas los Infantes, ha marchado a Königswart, donde está pasando una temporada al lado de sus hermanos los príncipes de Metternich.

EL día 27 han embarcado en Nueva York, a bordo del «Majestic», los Príncipes de Hohenzolhe Langenbourg con su madre la duquesa de Parcent.

Los condes de la Maza embarcarán el día 3 de Octubre para Méjico, en donde pasarán un par de meses.

EL distinguido diplomático señor Requena, encargado de Negocios del Uruguay en Madrid, ha sido agraciado por el Rey de Italia con la placa de comendador de la Orden de la Corona.

LA bella condesa de Riudoms (nacida Roca de Togores y Pérez del Pulgar), ha dado a luz, con toda felicidad, un hermosísimo niño.

Madre e hijo se encuentran perfectamente. Damos nuestra enhorabuena a los condes de Riudoms, así como a los marqueses de Alquibla y a la duquesa de Pinohermoso.

HA terminado el veraneo regio felizmente. Las últimas notas regias de la temporada estival se dieron en San Sebastián.

Allí fué el mes de Septiembre muy animado. Las fiestas del Gran Casino, los tés del Cristina y del Continental, dieron ocasión a reuniones muy agradables. También estuvieron muy concurridas las del Golf Club, de Lasarte, con motivo del campeonato.

En el palacio de Ayete, residencia de la condesa viuda de Casa Valencia, donde se han organizado durante el verano diversas fiestas y reuniones, algunas de las cuales fueron honradas por las Reinas, se celebró últimamente una preciosa fiesta infantil.

Asistieron SS. AA. RR. el Príncipe de Asturias y los Infantitos D. Jaime, Doña Beatriz, Doña Cristina, D. Juan y D. Gonzalo. También fueron invitados muchos niños de familias aristocráticas. Hubo baile muy divertido y una merienda espléndida.

CALZADOS "DARSSY"

Son buenos.

Sus precios, moderados.

Fernando VI, 12

Notas de pésame

GRAN sentimiento ha producido en la sociedad de Madrid el fallecimiento de la ilustre marquesa viuda de Castrillo.

La noble dama, que llamó la atención por su belleza, era muy estimada en aquélla y gozaba generales simpatías, como las gozan todos sus deudos.

Pertenecía la finada a la respetable familia malagueña de Crooke y Larios, y estaba enlazada con nobles casas de la aristocracia española. Hermano suyo es el marqués del Genal, tan estimado en Madrid, y primo el marqués de Larios.

Estuvo casada doña Emilia Crooke con el respetable señor don José Fernández de Villavicencio Corral y Cañas, de la gran familia andaluza, hermano del anterior duque de San Lorenzo y del Parque. De este matrimonio han nacido los siguientes hijos:

Doña Emilia, casada con don Pablo Larios; doña María Josefa, marquesa de Marzales, esposa de don Carlos Larios; doña Margarita, casada con don Manuel Gamero Cívico; don Lorenzo, difunto, que llevó los títulos de marqués de Vallecerrato y Castrillo; don José, actual poseedor de estos títulos, casado con doña María Cristina Osorio y Martos, duquesa de Algete; don Enrique, don Manuel, don Luis y doña Isabel.

De corazón nos asociamos al dolor de los hijos de la ilustre señora, de su hermano el marqués de Genal y de toda su respetable familia, enviándoles nuestro cariñoso pésame.

DESPUÉS de penosa enfermedad, sufrida con ejemplar resignación, ha fallecido en Valladolid la marquesa del Trebol y vizcondesa de Utero de María Asensio, dama de esclarecidas virtudes, perteneciente a una de las familias de más acrisolada nobleza de Castilla.

A su esposo el marqués viudo del Trebol, a su nieto don José Antonio R. de Celis Cevallos y a su hijo político don Cándido R. de Celis y Mediavilla enviamos nuestro sentido pésame.

En Fuenterrabía ha muerto el respetable señor don José Herreros de Tejada y Castillejo, marqués de San Nicolás, teniente coronel de Ingenieros, retirado; gentilhombre de Cámara de Su Majestad, con ejercicio, y ex senador del Reino.

El finado, que poseía varias condecoraciones, era persona muy estimada en sociedad por sus cualidades.

Estaba casado con la distinguida señora doña Joaquina de Francia y González de Castejón, marquesa de San Nicolás. De este matrimonio son hijos D. Enrique, D. José, doña Jacinta, doña María Ana, doña Gertrudis, condesa de Bulnes; D. Joaquín, D. Fernando y doña María Teresa.

Nos asociamos muy de veras al duelo de la marquesa de San Nicolás y de sus hijos.

MUY sentida ha sido la muerte de la distinguida señora doña María de la Paz Diaz Agero y Ojeto de Navarro; dama virtuosa, modelo de madre de familia.

Era hija del conde de Malladas y esposa de don Feliciano Navarro. De este matrimonio deja varios hijos.

Descanse en paz y reciban nuestro sentido pésame su viudo, hijos padre y hermanos.

CON gran dolor se ha enterado también la Sociedad madrileña de la muerte de la distinguida señorita doña María Luisa del Arco y Vizmanos, cuya muerte será justamente sentida.

Pertenecía la finada a la familia de los condes de Arcenales. Hermanas suyas son doña Isabel, en religión, sor Teresa Margarita y doña María Rosa.

Descanse en paz la piadosa señorita, y reciban sus hermanas y demás familia nuestro sincero pésame.

PAGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

EL ENGAÑADOR, ENGAÑADO

MENUDO humor tenía don Raposo aquella tarde!
Toda la noche habíase pasado de corral en corral y de majada en majada, sin lograr sorprender ni un mal pollo ni una mala ovejita.

Los perros no tenían sueño y apenas les daba olor a intruso, ladraban y enseñaban los dientes, que era todo un primor.

Por eso, don Raposo, que siempre tuvo fama de comilón y que en su casa nunca faltaban gallinas ni cabritos, cuando no un buen ternero, estaba fuera de sí.

Raposín, su hijo pequeño, le decía:

—No te apures, papá; nos comeremos las plumas de la cama.

Pero don Raposo era decidido:

—¡No! ¡No y no! Ahora mismo salgo al campo y o deo de ser quien soy, o esta noche tendremos banquete opíparo. ¡Os lo juro!

Doña Raposa creyóse en el deber de intervenir:

—Ten cuidado, maridito, que la gente del pueblo anda sobre tu pista. Más vale que ayunes un día más y esperemos tiempos mejores. Mira, aquí me ha sobrado este alón del gallo de anteayer. ¡Trágatele y calla!

—Sí, sí; para tragar aloncitos estaba don Raposo!

Conque se afiló las uñas, atusóse los mostachos y salió.

—¡Esta noche repito, que habrá para todos!

Pian, pian, pianito, escondiéndose con las cercas y los matujos, para no ser advertido por los campesinos, llegó a un hermoso prado, donde pastaba tranquilamente la señorita Jaca.

Era una potrita blanca, con manchitas negras en el lomo; muy gordita y muy lustrada.

Don Raposo se relamía por anticipado.

—¡Buenas tardes, Jaquita!

Al oírle, la potrica trató de huir; pero tenía las patitas amarradas.

—No te asustes,—continuó don Raposo—¡Menedura suerte te espera! Vas a tener el honor de ser comida por la familia más aristocrática de zorros.

—No, si no me ususto; es que sentiría que tus hijitos se ahogaran con un clavo que tengo metido en la patita derecha—respondió la Jaquita.

Don Raposo, miró; pero no vio nada.

—¡Quítame primero la cuerda y lo veras!—siguió la potrilla.

Don Raposo, hizo así.

—¡Mira de nuevo!

Conque se bajó a mirar y ¡patapum! Le largó la señorita Jaca tal par de coces, que le hizo salir por el aire hasta el fogón de la casa.

Doña Raposa, don Raposín y Raposina, lanzaron sendos gritos:

—¡Ah!

—¡Ah!

—¡Ah!

—¿Qué es eso, papaito? ¿Has venido en aeroplano?

Pero don Raposo, así que se desaturdió del tremendo golpe y con un ojo a medio cerrar, le pareció una vergüenza confesar cómo había sido engañado por una señorita. Por eso, haciendo de tripas corazón, se atrevió a contarles:

—¿Sabéis? Cuando ya estaba delante de mi presa, se levantó un viento tan fuerte, tan fuerte, que me condujo por los aires como una bala.

—Pues aquí no se ha movido ni una hoja—advirtió Raposina.

—Aquí, no, pero en el monte, escuchad... ¡Halali, halali!.. ¡Horroroso!

Total, que el pobre señor tuvo que estarse unas horas en la cama, hasta que llegó de nuevo

F R E Y A

LA SUGESTIVA DIOSA DE LA JUVENTUD PERENNE, HA SERVIDO DE NOMBRE A UNOS NUEVOS POLVOS DE ARROZ, LLAMADOS A ALCANZAR ENTRE LAS SEÑORAS EXITO DEFINITIVO.

NO SOLAMENTE POSEEN PROPIEDADES INSUPERABLES DE FINURA, AROMA Y ADHERENCIA, SINO QUE SE FABRICAN EN DIVERSOS TONOS, PARA QUE SIRVAN ESPECIALMENTE A CADA CUTIS.

BLANCOS-ROSA, 1 Y 2.—RACHEL, 1 Y 2.—MORISCOS Y MALVA. ESTOS ULTIMOS SON DE SORPRENDENTES EFECTOS CON LUZ ARTIFICIAL Y DE EXITO SEGURO EN TEATROS, RECEPCIONES, BAILES, ETC.

PRECIO: 3,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE "FLORALIA"

la noche y, con ella, tornó a abrirse el apetito.

—¡Ea! ¡Quítadme estas cataplasmas!

—¿Pero, vas a salir otra vez?

—¡Ya lo creo! ¡Como que tengo la barriga más hueca que un tambor! ¡Esta vez, si que va de veras!

Y no hubo modo de convencerle.

Hacia una noche de luna. Cantaban los grillos. Croaban las ranas.

—Iré al corral del tío Mariano, que está de feria—pensó.

Y como lo pensó, lo hizo.

Primero se paró a observar. Nada, ni un ladrillo.

Luego se fijó en la perrera. ¡Nadie!

—Cuando yo decía...

Conteniendo la respiración, llegó al gallinero.

¡Qué alegría! ¡Se hallaba repleto de aves!

—Más vale que me las vaya llevando una a una para que no escandalicen.

¿Cuál elegiré? ¿Cuál no elegiré? Este gallo me gusta. Aquella gallina me deleita... Vió en un rincón un hulto muy grande.

—Debe ser el célebre pavo, admiración del pueblo.

¡Qué gran ocasión!

Conque se tiró sobre él como una centella.

Pero — ¡ay! — don Raposo estaba de malas. Aquello que tomó por pavo, era... ¿qué diréis? Era «Alí», el terrible peirazo de don Mariano, puesto allí por su dueño para atrapar al ladrón.

—¡Guau, guau! ¡Rás y rás!

Dentellada va, mordisco viene, arrancó a don Raposo media cola, le peló una pata y le comió una oreja, mientras don Gallo gritaba con todos sus pulmones:

—¡Largo de aquí!.. ¡Largo de aquí!..

No queráis saber como escapó don Raposo.

Llorando con el único ojo sano y cojeando a más y peor, pudo llegar a su casa.

—Papaito, ¿qué nos traes?—preguntaron los chicos.

—¿Podemos sentarnos a la mesa?—interrogó doña Raposa.

Como no había luz, no se daban cuenta de nada.

—No, no; más vale que nos acostemos. Ya es tarde y mejor será que nos lo traguemos mañana—suspiró don Raposo.

—Dinos, al menos, que has pillado.

—¿Son conejitos?

—¿Son cabritas?

—¿Son pollitos?

—¡Son... demonios del infierno!—exclamó, ya cansado, don Raposo tirándose sobre su colchón.

Entonces la mujer, corrió a encender un candil.

Y ya supondréis la escena de lloros y gritos que se armó en la morada.

—¡Ay, mi papá, que me lo han pelado!

—¡Ay, mi esposo, que me lo han desorejado!

—¡Ay, mi señor, que me lo han desrabado!

Menos mal que encima de la mesilla de noche de Raposina había un frasco de Colonia *Flores del Campo*, producto de un robo en casa de una señora ilustre. Le frotaron las heridas y aunque gritó hasta desgañitarse, luego se encontró algo más aliviado y hasta pudo dormir unas horas.

Por la mañana, al abrir el ojo, porque el otro seguía cerrado por defunción, se vió rodeado de sus tres familiares que le miraban llenos de infinita pena.

Raposín fué el primero en hablar:

—¡Y decías, papaito, que iba a haber para todos!..

A lo que don Raposo replicó, con voz desfallecida:

—¡Ya para todos hay, hijo mío! ¡Tu madre, me cura la oreja; tu hermana, el rabito, y tú, mi patina! ¿Ves como hay para todos?

E inútil es decir que toda la familia raposil se dedicó aquel día a poner a su jefe en condiciones de que realizara nuevas tremebundas hazañas.

PRINCIPE SIDARTA.

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANCAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustin

Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-70

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERGERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

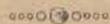
LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

— GRAN EXPOSICION DE MUEBLES —

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.



TELEFONO 29-5

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS

SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31. — MADRID. — Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ostolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LA MARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS

ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

IMPRESIONES DE VIAJE: JERUSALEM

En *La Nación*, de Buenos Aires, se ha publicado el siguiente bello artículo del ilustre escritor don Augusto Rodríguez Larreta, del que nos complacemos en reproducir los siguientes párrafos:

«A medida que el «Mauretania» se acerca lentamente a la costa surge ante nosotros, cada vez más nítida, la línea del monte Carmelo, a cuya gracia compárase en el Cantar de los Cantares la gracia de la Sulamita. No puede ser más feliz esta primera imagen de la Tierra Santa: la cima del monte Carmelo, casi aislado por el mar, semeja la copa de un gigantesco almendro florecido. Y, sin embargo, su apacible belleza ha provocado en la cubierta principal del barco una agitación inusitada. Todos los pasajeros se atropellan y estrujan disputándose el privilegio de escuchar la narración de uno de ellos que conoce la historia de la herética Jazabel y los pormenores del holocausto profético de Elías...

Echa sus anclas el «Mauretania» frente a Halta, puerto simple que recuesta su caserío rudimentario sobre la falda del monte. Con el orgullo geográfico de hallarnos por primera vez en el continente asiático, quisieramos observarlo todo, gentes y lugar, pero al poner el pie en Palestina se apodera de nosotros la proverbial ceguera de los visionarios. Nos esclaviza la idea de llegar cuanto antes a Jerusalem. Tomamos, pues, asiento en un frágil tren, que inicia en seguida su marcha. Ya en él, pocos prestan atención al guía colectivo que a cualquier propósito nos aturde con relatos bíblicos extrañamente interpretados. En cambio atrae las miradas la llanura de Galilea que me sorprende por su parecido con la Argentina. Bajo idéntica luz se extiende el llano, sin relieve alguno, hasta el horizonte; la tierra, negra y fértil, se muestra seccionada por los cultivos; de trecho en trecho, a lo lejos, véanse pequeños bosques que semejan rodear las casas de una estancia o el rancho de un puestero, y los mismos labradores, cetrinos pausados, ponen en el cuadro la nota melancólica de los labradores nuestros. Verdaderamente el parecido sería total si no surgiera de vez en cuando la típica silueta de un camello, que atraviesa la llanura con su alargado paso ultramoderno.

Pero pronto varía el paisaje. Torcemos rumbo hacia el Sur y abandonamos la Galilea de los Gentiles, con sus «tierras de leche y miel», para aproximarnos a la región famosa que se repartieron las tribus de Judá. Paulatinamente la Naturaleza pierde su aspecto de generosidad y abundancia y se torna en accidentada, hostil. Atravesamos pequeñas colinas; luego colinas mayores y sierras ásperas. Al acercarnos a la ciudad de Dios, desfilan por las ventanillas del tren la escenografía de las regiones infernales. Desde la arista de un desfiladero, nos muestra el guía el valle macabro del Cedrón, sembrado de tumbas judías cuyos muertos esperan que allí se realice el Juicio Final; y, más adelante, el pequeño valle del Hinnom, sitio de horror para los hijos de Israel e infierno de los musulmanes. Al levantar la mirada de esos tétricos valles aparece, majestuosa y dominante, como algo irreal y nunca visto, la ciudad santa íntegramente rodeada por murallas.

Detiéndose el tren mucho antes de llegar a Jerusalem. Descendemos, a una distancia que nos permite observar la ciudad en su conjunto; algo, en cambio, que no nos está permitido describir: sería vano intento acometer esa tarea, pues para tener de Jerusalem un ídea cabal es necesario llegar hasta ella. Conocerla es la primera de las muchas recompensas que reserva el Señor a los peregrinos.

Al galope corto de los caballos árabes nos encaminamos hacia la llamada Puerta de Jafa. Sobre una de las pequeñas laderas apenas arboladas que circundan la ciudad, algunas mujeres juntan hierbas con gesto indolente o permanecen pensativas mirando la lejanía. Al aproximarnos cubren aún más sus rostros velados y se apresuran a volvernos las espaldas. Hombres, sólo encontramos al pasar frente a una construcción exótica en cuya terraza fuman algunos su narguilé, mientras otros ejecutan una música de ritmos monótonos en arpas horizontales. Y la caravana se disgrega, repartiéndose en al-

bergues de extramuros, servidos por negros de Nubia y del Sudán...

Es hoy muy tarde para intentar una visita a los santuarios, pero nada nos impide penetrar aunque sea rápidamente en el recinto de la ciudad misteriosa. Traspongo, pues, una de las pocas y retorcidas puertas que franquean las murallas y me interno por una callejuela sombría...

La ciudad, que vista desde ejos semeja un caserío compacto con sus cúpulas pequeñas e innumerables, muéstrase, al recorrerla, absolutamente diferenciada en cuatro barrios. El barrio llamado armenio, que se continúa insensiblemente con el barrio judío, presenta un aspecto inesperado; no por cierto el de una ciudad sino el de un conjunto de minúsculas granjas, divididas por paredés de piedra—sin ventanas—que se alzan a poca altura, suficientes, sin embargo, para ocultar el interior. Sus construcciones sin techos, ni punto alguno de referencia que permita la orientación, forman un laberinto de callejuelas sinuosas y accidentadas por las que sólo transitan escasas personas con indumentaria y maderas de pastores o labriegos. En tal condición, el barrio armenio, que recibe a raudales la luz del sol y en cuyas enrejadas tópanse uno a las veces con una majada de corderos o con un clásico burrito evangélico, contrasta vivamente con los barrios griego y musulmán. En éstos, las calles, más angostas aún, son todas tenebrosas y cubiertas a trechos por bóvedas bajas que las hacen parecer trozos de corredores subterráneos. Por ellas, en las que ha de andarse siempre a pie, circula una muchedumbre de tipos pintorescos y desiguales que sólo tienen de común el inequívoco aspecto asiático. Lentos y resignados detienen unos en las tiendas que derraman sus mercaderías sobre la calle misma; prosiguen otros en tanto su camino sin fijar siquiera la mirada en el turista incomprendible que ha cruzado medio mundo para verlos.

Sólo en los días siguientes al de llegada comprende uno el significado de los pobladores de Jerusalem que producen una primera impresión confusa, como en la ciudad en que habitan. No se alcanza en un principio el sentido de esos hombres que viven sin ocupación aparente, de esas gentes que existen sin razón de ser. Es menester, para conseguirlo, visitar uno a uno los santuarios.

Parto de mi albergue al amanecer y atravieso la ciudad musulmana ya despierta por el grito del «muezin». Luego de dar mil vueltas por una madeja de callejuelas, llego, por fin, al colegio y convento de las damas de Sion, que finca sus cimientos en la roca del subsuelo, sobre el lugar que ocupaba la casa de Pilatos y en cuyo muro se apoya el arco llamado del Ecce-Homo, por decirse que bajo él fué entregado Jesús a sus verdugos. No bien entro al convento ofrécame su compañía una piadosa hermanita, que aun le guarda rencor a Judas y frunce el ceño cuando le nombra, y descendiendo hasta el fondo de las excavaciones para ver el patio, donde los soldados romanos esperaron que el Nazareno fuera juzgado. La relación entre esos escombros y los episodios evangélicos no surge mayormente, y es por demás inverosímil, pero tanta beatitud pone la religiosa en su explicación que sólo por no incomodarla me siento inclinado a creer en la autenticidad de todas las reliquias. Salgo, pues, de allí, resuelto a seguir sus indicaciones y emprendo camino hacia la cima del Calvario, por la vía Dolorosa.

Es una calle imprecisa de la actual Jerusalem; calle sin delinear, entrecortada por las características casas hierosolimitas con sus techos caprichosos y sus escalerillas exteriores de piedra. En vano de trecho en trecho algunas cruces pintadas señalan las estaciones del Señor, y en vano el árabe displicente que me acompaña, indicando tal o cual casa, igual a las demás, me dice que esa fué la prisión de Cristo, aquella la habitación de Lázaro y la de más allá el palacio del mal rico; nada evoca la Vía Crucis en la que hoy pretende ser la calle Santa. Llegamos así, a la cima del Calvario, que antes estuvo fuera del recinto de la ciudad y ahora desaparece bajo ella, y entramos en la iglesia del Santo Sepulcro. El edificio confuso, abrumado de recons-

trucciones, desde Santa Elena hasta Godofredo hasta nuestros días, encierra la consabida turbamulta de feligreses de sectas distintas cuyos sacerdotes, en eterna disputa, roban los cirios, cortan las alfombras y apagan los veladores de la secta enemiga. En el centro mismo de la rotonda de la Suprema Reliquia un soldado árabe, armado de un fusil, en nombre del comisario inglés, mantiene la paz entre los creyentes; y por allí desfilan juntos el latino, el protestante, el griego, el copto, el armenio, el árabe, cada uno con sus plegarias especiales, adorando todos con igual derecho al mismo Dios. Cuanto católico viene a este lugar, en busca de emoción religiosa, recibe un hondo desencanto... y para mayor desventura debe todavía, al salir de la iglesia, vencer el asedio de una hueste de vendedores fastidiosos que ofrecen con desparpajo astillas auténticas de la Santa Cruz o hilachas del lienzo de la Verónica.

Después del Santo Sepulcro recorro rápidamente algunos templos griegos, armenios y copptos, en los cuales el ambiente, mas nítido y a veces arcaico, evoca la suntuosidad y tiesura de las estampas góticas. Y en todas partes reina sobre los creyentes el mismo éxtasis místico, la misma quieta ebriedad...

Fuera de la mezquita, se alzan en el abierto recinto algunos cipreses, una fuente de abluciones y una que otra cúpula aislada, como la llamada de la Ascensión, que recuerda el viaje nocturno de Mahoma a Jerusalem... Pero termina ya el día; el sol está próximo a hundirse detrás de las colinas grises, y los cipreses se acuestan en sombra sobre la terraza sagrada. Salgo, pues, del sitio del templo, y al pasar frente a la parte externa de sus cimientos presencio el espectáculo interesantísimo de las lamentaciones de los judíos. Junto a un trozo de muro convertido en reliquia lloran los hijos de Israel, desde hace varios siglos, la pérdida del templo. Al gemebundo oficio acuden al atardecer los judíos andrajosos y los rabinos espectables para verter cada día con su viejo dolor nuevas lágrimas. Dicen sus frases entrecortadas por el llanto: «Porque el palacio fué devastado; porque el Templo fué destruido; porque sus muros cayeron; porque nuestra grandeza pasó; porque murieron nuestros hombres ilustres; porque los sacerdotes fueron débiles y los reyes impíos... ¡por eso estamos solos y lloramos...!» Y cuenta la leyenda que Jehová recoge esta letanía y que sobre las piedras santas deja caer todos los viernes una divina lágrima de arrepentimiento...

Al terminar la recorrida de los santuarios, surge ante el viajero la imagen exacta de Jerusalem; del espíritu flotante sobre la ciudad que anima y sustenta la vida de su pueblo. Es la ciudad de los fanáticos y de los videntes. No hay en ella persona alguna que no se mueva a impulsos de una fe imperiosa; desde el beduino contemplativo que dejó su camello en la Puerta de Damasco hasta el fraile escualdo y vehementemente con su barbilla renegrida y sus manos atiladas.

Pero no es éste el aspecto que suele buscarse en Tierra Santa. Me alejo, pues, de Jerusalem por ver si al apagarse la algarabía ensordecedora de las plegarias, puedo recoger en sitio alguno la emoción de los recuerdos bíblicos. Parto así una mañana de sol radiante en compañía de un «drogman» sapientísimo. Cruzamos el valle de Himeom, escalamos el Monte del Mal Consejo y luego de media hora de andar sobre colinas llegamos a Belén. Pueblo de égloga, situado sobre una altura, por entre sus pequeñas casas primitivas véanse hombres que son pastores y mujeres que visten como Ruth. No trae a la memoria la ciudad activa que fué cuna de David; pero pudo muy bien ser así el pueblo humilde en que nació el Señor. Entre las casas pequeñas, escalonadas en la pendiente, álzase la iglesia del Nacimiento. Al visitarla vuelve a turbar la evocación el cúmulo de las reliquias. Se exhiben juntos, con visible artificio, el lugar de atumbramiento, el pesebre de la adoración de los Reyes Magos, el sepulcro de los Inocentes y la gruta en que pasó su vida San Jerónimo... Y sobre todas las reliquias consérvase, como ningún otro templo de Palestina, la basílica edificada en forma de cruz, en tiempos de Constantino. Sólo que en ella también clavó su garra la dis-

cordia de las sectas cristianas, y sus naves, divididas por tabiques, producen la impresión verdadera de una cruz rota en pedazos.

Caminamos ahora hacia el Oriente; desafiando los peligros que hicieron heroicas las andanzas de Chateaubriand, nos dirigimos hacia el Mar Muerto.

Sin dejar de ser montañosos, antes bien, acentuando sus accidentes, la Naturaleza va hundiéndose poco a poco hasta agobiarse bajo una atmósfera de región profunda. Las montañas se hacen cada vez más áridas, arenosas, agrietadas; cada vez más rotas en abismos, y llegan a producir un efecto fantástico. Sólo después de una travesía larga, cuando al frío de la altura ha sucedido un enervante bochorno, se abre ante nosotros el panorama del mar, circundado a distancia por las montañas brumosas de Moab. Cruzamos entonces un arenal y nos detenemos ante las aguas espesas.

A través del desierto del Bautista llegamos luego hasta el Jordán, que corre mansamente entre dos riberas cubiertas de baja vegetación.

De allí nos internamos de nuevo en el desierto, en dirección a Jericó. Quien no ha visto el desierto del Bautista mal puede imaginar hasta qué punto es en él quemante la atmósfera, pesada la arena y pavorosa la soledad. En su travesía interminable que aparecen despojadas de todo artificio las figuras evangélicas; y las imágenes así evocadas ya no se borran en el resto del camino. Jericó, el oasis maravilloso que surge inesperadamente en el desierto, muéstrase así como el lugar propicio al descanso de Jesús, después de los terribles días de ayuno en el erial. Es curiosa la transición que importa el pasar de un ambiente infernal a esa aldehuela fragante y llena de verdor que no guarda más gloria, de sus muchas glorias pasadas, que el perfume de sus flores y la dulzura de sus naranjas. A sus espaldas yérguese el monte llamado de la Tentación,

que luce, como incrustado en su cima, un blanco monasterio griego. Bordea el sendero la falda del monte, y por él alcanzamos nuevamente la carretera de Jerusalem, haciendo el mismo recorrido del Señor en las vísperas de la Pasión. Pasamos junto a su pequeña alquería que recuerda el episodio del buen samaritano y divisamos a lo lejos las ruinas de Betania, la ciudad de Marta y María. Luego es otra vez el perfil de la ciudad santa que ahora contemplamos desde lo alto del Monte de los Olivos.

Ya es fácil hallar el camino de vuelta. Dejo a mi acompañante en libertad y entro solo al huerto de Getzemani, que se alza, pequeño y cerrado, sobre el valle del Cedrón. No hallo en él sino un viejo fraile que, aprovechando la hora crepuscular, riega los olivos sagrados; a cuya sombra meditaba el Señor. Es un diminuto bosquecillo de olivos que seguramente fueron en tiempos de Jesucristo un solo árbol, cuyas ramas han ido echando raíces; ese bosquecillo es la única reliquia indudable de la época evangélica. A su frente, levántase la ciudad rodeada por murallas, agresiva como una fortaleza medioeval, y a sus pies va ensanchándose el valle de Josafat, con sus tumbas blanqueadas que evocarán siempre a través de las palabras de Jesús, la hipocresía de los filisteos. El ver así a Jerusalem, idealizada por la media luz de la tarde, desde el mismo sitio en que el Nazareno la contemplaba con la ambición divina de implantar su religión de bondad en el templo corrompido, llena el espíritu de un misticismo que no se alcanza en los santuarios. Sólo entonces logro sentirme poseído por la emoción de los recuerdos, y por momentos creo que va a acercarse a mí el viejo fraile jardinero para decirme las palabras que yo ansío escuchar:

—He aquí Jerusalem, la ciudad impenetrable y santa. Dio su vida Nuestro Señor para purificarla con su muerte. Peregrino: deja caer el

ropaje de tu incredulidad porque es éste sitio de exaltación y de confianza; no cuadra en los lugares sagrados la vestidura elegante de los escépticos, como no rasga los cimientos del templo la agudeza de las ironías. Despójate, asimismo, del barniz de erudición que tan fácilmente se adquiere en los libros presuntuosos de la edad moderna. Bien se yo que muchos sabios han desentrañado los rastros de las viejas civilizaciones y analizado con implacable puntualidad los textos religiosos; pero sé también que los críticos de la historia son los eternos aguafiestas de todas las evocaciones y sospecho que Renán se arrepintió alguna vez de haber malogrado su candor de creyente con su indiscreto afán de escudriñar el pasado. La verdad minuciosa, la fría razón, espero que la habréis dejado en tu patria distante; allí hacen seguramente mucha falta; pero aquí debes entregarte sin recatos a las hondas emociones sobrehumanas. Es muy largo el viaje a Palestina para sacrificarlo a las quisicosas de los historiadores. Lejos de la mirada inquisitorial de los ateos evoca la religión de tu infancia y saboréala como un fruto prohibido. De todo cuanto aprendiste recuerda tan sólo... imágenes ingenuas de tu primer libro de oraciones: desde el establo risueño de Belén y los Reyes fabulosos persiguiendo la estrella sobre sus dromedarios, hasta la cena de los apóstoles y el Calvario sombrío con su negra cruz rodeada de nubes macizas. Esas imágenes te bastarán para evocar los relatos que poblaron tu niñez de ideas puras; y si fuiste olvidadizo de tu fe primera, piensa que algún día volverás a ella cuando hayas agotado en el camino el pobre caudal de tus esperanzas terrenales.

Pero el viaje fraile nada dice. Continúa andando humildemente los olivos de Getzemani. El no es un catequista: cuida otros la suerte de las almas: él es un jardinero que cuida los olivos del Señor...

NUESTRO NUEVO PRELADO

UNA POESÍA EN HONOR DEL DOCTOR EIJO

En una breve poesía con que los caballeros del Pilar celebraron la terminación del solemne triduo en honor de sus titulares San Francisco de Borja y Nuestra Señora del Pilar, el ilustre literato D. Víctor Espinós, leyó la siguiente poesía de salutación al nuevo Prelado de la Diócesis, Doctor Eijo:

PADRE Y CAUDILLO

PRELUDIO

Al nacer de la mañana lanzan su bélico himnario los clarines, que despiertan a caudillos y a soldados. Quiere el Rey que los conduce alinearlos en el campo para mirarse orgulloso en guerreros tan bizarros, que sus colores y emblemas en pavese y penachos, lucen a fuer de leales, y, a más de leales, bravos. Quedan desiertas las tiendas, porque acuden al reclamo todos, mirando al honor del juramento prestado, y en las filas apretadas y en los apretados rangos, nadie dirá que la muerte pudo abrir brecha ni claro, que no perece un ejército mientras queda en pie un soldado. Sobre los hierros pulidos de las lanzas y los cascos, que como ascuas encendieron del sol los primeros rayos, gonfalones, y estandartes y banderas, ondeando

de la brisa matutina, leve y fresca, a los halagos, fingen temblor de impaciencia que agita de punta a cabo a la armada muchedumbre, a quien su Rey a llamado. Sordo rumor que se mezcla al piafar de los caballos, al chocar de los aceros a la recia voz de mando, dice al Rey, que bien lo entiende:

—Henos aquí: por ti estamos resueltos a dar la vida, pues pelear a tu lado es alcanzar la victoria sin falencia y sin engaño, que nunca faltó tu ley ni eres en pagar escaso, ni se puede ser traidor junto a Príncipe tan claro, ni se puede ser cobarde junto a César tan gallardo, ni remiso junto a un Rey tan resuelto y voluntario. Henos aquí, ya vestida la loriga y embrazado el escudo que nos diste, y apercebida en la mano diestra, la espada vibrante porque se tarda el asalto... Suene tu palabra, ¡oh Rey! Da la señal que esperamos para librar las batallas del Señor, que te ha enviado, firme el pecho y obediente el corazón, pronto el brazo. Henos aquí. Tu deseo es nuestra voluntad. ¡Máندانos!

El Rey, húmedos los ojos, que levanta al cielo claro, suelta el hierro, y fervorosa la mano derecha alzando

sobre los hombres vestidos de acero, con gesto amplio, bajo la bóveda inmensa del firmamento, incendiado ya por el sol, traza el signo de redención sacrosanto, y a su ejército bendice. Mientras atruenan los espacios las trompetas y fanfarrias, que están la gloria anunciando a los valientes, que saben, cuando es bien, ser humillados.

ENVÍO

Señor. Los Caballeros en cuyo campamento te has dignado tomar asiento y pan, se honran llamándote su padre y su caudillo juntamente. A tu voz apostólica se humillan, que es la voz de la Iglesia inexpugnable; a tu urgente mandato se alinean, prontos a combatir por Jesucristo, cual guerrilla volante que la táctica de Ignacio y Borja practicar desean, a tu gesto paterno y amoroso, sentándose a su mesa de soldados con el respeto alegre con que mira la familia feliz al noble jefe.

PLEGARIA

Y quede en este día tan español, tan grato, tan solemne, de mil recuerdos impercederos, al pie de tu persona veneranda, esta plegaria de los Caballeros: ¡Padre, bendícenos! Caudillo... ¡manda!

A esta poesía, que fué acogida con grandes aplausos, contestó el Obispo de Madrid-Alcalá con un sentidísimo discurso, que produjo gran emoción en todos los presentes.